



Narrativa 2009

injuve



Narrativa

CREACIÓN **injuve**

2009



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE IGUALDAD

injuve

ISBN 978-84-96028-77-7



9 788496 028777

Narrativa

DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO DE LA JUVENTUD

Gabriel Alconchel Morales

DIRECTORA DE DIVISIÓN DE PROGRAMAS

Isabel Vives Duarte

JEFA DEL ÁREA DE INICIATIVAS

Anunciación Fariñas Lamas

JURADO

PRESIDENTA

Mónica Vergés Alonso

Jefa de Servicio del Área de Iniciativas. Injuve

VOCALES

Antonio Jiménez Morato

Crítico literario y escritor

Martín López-Vega

Escritor

Laura Borràs Castanyer

Profesora de Teoría de la Literatura. UB.

Chantal Maillard

Profesora de Estética y escritora

SECRETARIO

Javier Barón

Instituto de la Juventud

DISEÑO / IMAGEN DE PORTADA

Carrío/Sánchez/Lacasta

MAQUETACIÓN

Charo Villa

© DE LOS TEXTOS

Sus autores



DEP. LEGAL: M-36461-2009

NIPO: 802-09-036-4

ISBN: 978-84-96028-77-7

Impresión: Artes Gráficas San Nicolás S.L.

INSTITUTO DE LA JUVENTUD

José Ortega y Gasset, 71

28006 Madrid

T.: 91 363 78 12

InformacionInjuve@migualdad.es

www.injuve.migualdad.es

CREACIÓN **in**juve

Narrativa

ÍNDICE

Presentación	9
Gabriel Alconchel Morales	
La “llamada” de la literatura	11
Laura Borràs	
Cuento y aparte	17
Juan Cruz López	
PREMIO	
Las razones de cada cual	81
Marcela Jordá Jacarilla	
ACCÉSIT	

PRESENTACIÓN

Este año me complace doblemente presentar los textos de Narrativa premiados en la convocatoria anual de los “Premios Injuve para la Creación Joven”. En primer lugar porque este premio, junto con el de Poesía, celebra ya su tercera edición dentro de la larga trayectoria de los premios Injuve. En segundo lugar, porque la narración *Cuento y aparte* de Juan Cruz López y el relato *Las razones de cada cual* de Marcela Jordá Jacarilla, premio y accésit respectivamente, han merecido la atención y el elogio del Jurado, dentro de un conjunto de obras importante en número y calidad.

Estas dos formas de expresión literaria, narrativa y poesía, con esta tercera edición, son ahora tan protagonistas en nuestros premios como lo son otras formas de creación artística de más larga tradición en nuestra convocatoria, especialmente la Muestra de Artes Visuales o los textos teatrales “Marqués de Bradomín”. La firme voluntad de Injuve de apoyo a la palabra escrita queda también respaldada con la edición y difusión de este libro que recoge las obras premiadas. Nos consta y satisface ser los primeros en publicar los textos de estos dos jóvenes escritores. Para su enorme entusiasmo y talento es un apoyo que sabemos aprovecharán.

Nuestra enhorabuena a los premiados y a todos los que han participado en esta convocatoria literaria. Todos ellos al narrar historias, periplos, sueños, frustraciones, logros y vidas reales o imaginadas embellecen y reinventan la palabra. Su contribución al lenguaje literario con el uso de la prosa se está gestando. Ahora es cuestión de tiempo, de oportunidades y, sobre todo, de muchas lecturas y mucho trabajo. Hoy sabemos que la inspiración como un don creativo que nos conceden los dioses está superada. Ya lo dijo Freud “si la inspiración no viene, salgo a su encuentro”. Picasso lo sabía y por eso fue un trabajador infatigable.

También nuestro reconocimiento y nuestra gratitud a los miembros del jurado formado por Laura Borràs (profesora de Teoría de la Literatura en la Universidad de Barcelona), Antonio Jiménez Morato (crítico literario y escritor), Martín López-Vega (poeta) y Chantal Maillard (poeta), su seriedad, su prestigio, su dedicación y reflexiones para emitir su fallo avalan y soportan la calidad de los textos reunidos en este libro.

Gabriel Alconchel Morales

Director General del Instituto de la Juventud
Ministerio de Igualdad

LA “LLAMADA” DE LA LITERATURA

Termina Harold Bloom su prefacio a *Cuentos y cuentistas. El canon del cuento* (2009: 15) del mismo modo que quisiera yo abrir este prólogo, afirmando que en los treinta y nueve maestros cuentistas por él antologados había sido capaz de aprender de quien “ha sido huésped de otras mentes”. La experiencia de formar parte de un jurado literario permite, en ocasiones, reconocer como propias las palabras de Bloom y efectuar el fascinante viaje de quien se instala en otros espacios mentales y tiene la ocasión de convertirse en peripatético lector de cerebros y aventuras ajenas. Cuando esta operación es posible a partir de la lectura de originales producidos por voces jóvenes que desean abrirse camino en la intrincada y compleja selva de la literatura, el estímulo es mayúsculo.

Los Premios INJUVE en las modalidades de narrativa y poesía, que en esta ocasión llegan a su tercera edición, están permitiendo la consolidación de un espacio que facilita la aparición de nuevas voces que sienten la “llamada” de la literatura y se atreven a dirigir la mirada y contemplar, ni que sea de soslayo, el rostro descarnado de la página en blanco: el escenario que les ha de permitir o anegar sus anhelos más secretos de convertirse en un nombre en el panorama literario contemporáneo. El impulso hacia la escritura les convierte en investigadores de lo posible. Estos jóvenes autores que emprenden el camino de la literatura se adentran en un territorio ignoto que sólo puede conquistarse con arte y oficio. En este sentido, pues, pienso que cualquier esfuerzo destinado al estímulo del talento literario —como en el caso que nos ocupa— debe ser aplaudido en la medida que constituye una plataforma expresiva para futuros posibles autores y un espaldarazo a la creatividad juvenil. Todavía más si, como ha ocurrido este año, los textos presentados permiten formular, en general, buenos augurios con respecto al nivel de salud narrativo de nuestra juventud.

Los premiados de esta edición en la modalidad narrativa coinciden en la práctica de una disciplina creativa o género literario que ha resultado ser el albergue de las historias que nos son relatadas y que

han merecido el reconocimiento del jurado: el cuento. En el caso de *Cuento y aparte* de Juan Cruz (Jaén, 1979) estamos ante un libro de relatos formado por 40 cuentos independientes entre sí, pero que configuran un todo homogéneo; mientras que, en el caso de *Las razones de cada cual* de Marcela Jordá Jacarilla (Valencia, 1980), nos encontramos con un relato breve, un cuento. Territorio de máxima ambigüedad, género híbrido por naturaleza, el cuento, por su dinámica interna, por su naturaleza siempre conflictiva y ambigua, a caballo entre la épica, la novela y la poesía resulta una plaza compleja que, sin embargo, nuestros ganadores han resuelto con destreza y sabiduría.

Cuento y aparte

El vencedor del primer premio, y ganador a su vez del último concurso “Certamen Andalucía Joven de Narrativa”, que convoca el Instituto Andaluz de la Juventud (IAJ), nos presenta un libro de cuentos en toda regla. Algo que se percibe desde el propio título: *Cuento y aparte*. Cuento y punto. Un título contundente, que remite a la expresión “punto y aparte” y que, por tanto, es taxativa, conclusiva, vehemente y que constituye un magnífico escaparate de su exploración y reafirmación del género, con muestras que van desde lo que podría considerarse un microcuento de una sola página de longitud hasta cuentos que, en cualquier caso, nunca superan las cuatro páginas de texto. Si antes he mencionado los treinta y nueve cuentos que conforman la antología del cuento recopilada por Harold Bloom, Juan Cruz nos ofrece aquí cuarenta cuentos en los que nos sumerge de lleno en la literatura que él crea, alude y recrea constantemente. Es éste, sin ningún género de dudas, un libro en el que la literatura se instala como personaje, tema y contexto de un modo apabullante. Hallamos citas explícitas que actúan de puertas de entrada al sentido último del texto de autores como Raymond Carver, Pedro Zarraluki, Umberto Eco, Paul Auster, Jack Kerouac, Jorge Luis Borges y Enrique Vila-Matas. Sin embargo, también Chéjov, Charles Bukowski, John Fante, Roberto Bolaño, Li Po o incluso Óscar García-Romeral (ganador del I Premio Nacional de Relato Corto sobre un Texto Científico, convocado por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Murcia en diciembre de 2008) son autores que aparecen como carne de cañón textual porque se convierten en personajes, en ambientes, en interlocutores de este trayecto literario que es su obra.

Muy elocuentemente, la cita que abre el cuento 36, “Anónimo” de *El mal de Montano* de Enrique Vila-Matas reza: “La literatura me ha permitido siempre comprender la vida. Pero precisamente por eso me deja fuera de ella”. Diríase que para el autor jienense la vida es literatura y la literatura es vida. A lo largo del volumen organiza un grupo considerablemente homogéneo de materiales (pensemos que sólo 12 de ellos no tienen, de un modo explícito, una temática metaliteraria) que va combinando trasladando el eje de interés del escritor al lector, pasando por el personaje, mezclando a autor y personaje, a autor y lector y otras combinaciones posibles mediante un estilo fragmentario, elíptico, laberíntico: postmoderno.

Todo el libro está preñado de literatura. Pueblan sus páginas lectores como el de “Amalfitano” (1) que lee *La gaviota* de Chejov y al abrir los ojos ve una gaviota surcando el aire o el incrédulo del cuento homónimo (3) que desea tanto la presencia real de una protagonista a la que, por no creer que pudiera ser real, encontró aplastada entre las páginas de un libro. Junto a ellos el lector de una biblioteca de Alejandría digital que escucha el jazz de los Cronopios de Cortázar mientras se sumerge en una biblioteca virtual, otro lector singular que viaja en autobús (“Salida”, 16) e incorpora cualquier pedazo de realidad textual, en este caso el de un rótulo de “salida de emergencia” al libro que está leyendo con la intención de hallar significado a su “texto vital”... Hallamos también un lector preso que lee paredes con las yemas de los dedos y halla fortaleza en los mensajes, que le conducen a la libertad (“Encierro”, 21). Pero también nos encontramos a escritores como Charles Bukowski y John Fante reconvertidos a personajes (primer bucle dentro de la ficción metaliteraria), jugando al ajedrez en una cafetería de Madrid, en presencia de Chinaski, personaje y *alter-ego* del mismo Bukowski (segundo bucle “meta”) en “Jaque” (14). Inclusive algunos personajes trabajan en bibliotecas, por minúsculas que sean, como el protagonista de “Secta” (el cuento 23) donde los sectarios son un grupo de fanáticos bibliófilos “seguidores de algún tipo de ideario confusionista cuya piedra fundamental será la destrucción paulatina y sistemática de toda la literatura utopista existente”. También existen personajes como el de “Negros” (24), que desea convertirse en escritor y ansía ganar premios de literatura como el protagonista al cual suplanta junto con sus subcontratados porque “es el campeón de los certámenes de primera categoría de

este país”, o escritores de supervivencia como el de “Juego” (2), instalado en un pueblo de la Alpujarra, escribiendo la historia que “ha de llevarle a la tumba”.

Resulta indudable que el autor, como uno de los personajes del cuento número 21, “Encierro”, conoce el valor de las palabras como nadie. Y padece de lo que Onetti calificó de *literatosis*, es decir, obsesión por el mundo de los libros. Algo que resume perfectamente el personaje de “Futuros” (34) cuando le dice a su interlocutora: “Te dije que seguramente me encontrarías leyendo y escribiendo, que para el caso vienen a ser lo mismo”. Leer, es decir, escribir: percibamos la íntima unión y condición de necesidad entre ambas actividades, que terminan por fundirse y confundirse. Un escenario que se alarga hasta el último cuento, “Caracteres” (40), donde los protagonistas son ya, directamente, tipos de letras habituales: Times y Garamond. En cierta manera, *mutatis mutandis*, podríamos decir que no estamos muy lejos del flaubertiano despropósito temático y conceptual de *Bouvard et Pécuchet* o de su *Bibliomanie* inicial.

Las razones de cada cual

En la obra sobre la que ha recaído el accésit de este año, la temática de nuevo nos mantiene en territorio metaliterario. Parece que nuestros autores están “enfermos” de literatura y, al mismo tiempo, ávidos de ella. Por lo que a ella acuden una y otra vez. En esta ocasión, sin embargo, este relato de la valenciana Marcela Jacarilla (<http://www.marlajacarilla.es/#>) nos cuenta la historia de una confusión que, en definitiva, también es la historia de una coincidencia y —lo que es más importante— la historia de una posibilidad.

En su breve relato, dos capítulos, dos protagonistas y dos mujeres viajan hacia el mismo destino con una misma maleta y, prácticamente, un único y mismo contenido: libros. En un caso, sin embargo, se trata de los libros que una lee, en el otro, en cambio, los libros se convierten, fundamentalmente, en el libro: la novela que la otra escribe. Esta historia, narrada sin pretensiones, sin ambages, que se dota —instrumentalmente— de dos breves capítulos que permiten exponer las razones de cada cual; constituye un acierto narrativo en toda regla basado en una voz hábil que de un modo simple, pero certero, nos dirige hacia un punto de interrelación, de intercambio posible y necesario: la comunicación interpersonal. El gran *quid* de la literatura

—que es el mensaje que un emisor dirige hacia un receptor y que puede llegar a convertirse en un mundo per se, como nos demuestran los textos que hemos premiado— es aquí el objeto, tema y desenlace del cuento.

Va de cuentos

Los textos que el jurado ha reconocido en la modalidad de narrativa son cuentos. Uno y muchos cuentos. Ese género malconsiderado “menor”, hermano pobre de la gran narrativa, un pedazo indispensable del vasto territorio de la literatura. Sabemos que la literatura tiene la mágica facultad de transformar, variar, recrear, expurgar, metamorfosear, de mentir, en definitiva, porque, al fin y al cabo, eso es precisamente el mundo de la ficción: un artificio. Pero Eduardo Galeano, hablando de los cuentos afirma:

“[Los cuentos] Son cosas chiquitas. No acaban con la pobreza, no nos sacan del subdesarrollo, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizás desencadenan la alegría de hacer y la traduzcan en actos. Y en el fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable”.

Efectivamente, la literatura puede ser un revulsivo, un laboratorio de pruebas, una vía de escapatoria, una posibilidad de pensar que podemos cambiar la realidad, por poco visible que aparentemente sea este cambio. Los Premios INJUVE contribuyen, con su sola existencia, a posibilitar que ese cambio pueda llegar a ser una realidad. Y supongo que el deseo de Galeano se llega a materializar cuando, como lectores, acabamos de leer un libro que nos ha apasionado y pensamos que, después de haberlo leído, somos —de algún modo— diferentes. Que el libro, la conclusión que de él hemos extraído, el placer estético que hemos obtenido, lo que de él hayamos aprendido, nos ha transformado, nos ha hecho diferentes de como éramos antes de haberlo leído. Esa es la magia de la literatura, su secreto alquímico. Confiemos que el porvenir literario que eventualmente este premio pueda abrir a sus ganadores, les acerque a ellos, autores, —y nos conduzca a nosotros, lectores— a ese perpetuo y hechizante misterio de la palabra del que en este volumen encontrarán buenas muestras. Feliz lectura.



Cuento y aparte

Juan Cruz López

PREMIO

Un perro hambriento sólo tiene fe en la carne

Antón CHÉJOV

Al cabo de poco, él ya no sabía cuanto tiempo llevaba allí sentado.

Raymond CARVER

Terminó de leerlo aquella misma tarde. Era un libro fino y el trámite sería más sencillo que de costumbre. Salir al jardín era contemplar el paisaje más tranquilizador del mundo. Observó complacido como el humo del cigarro se le enroscaba entre los dedos. Una vez más, y a pesar de todo, se sintió afortunado. Apartó de su cabeza la certeza de ser feliz. Cerró los ojos. Los abrió de nuevo: *La gaviota* de Chejov surcaba el aire colgada del tendedero, como si conociera las corrientes.

Un hombre recorre con la mirada los confines de la habitación donde hace más de diez años vive con lo poco que pudo traer de la ciudad. Aprecia las manchas de humedad, las madejas de polvo que como si de rebaños se tratase, un pastor invisible conduce de lado a lado de la alfombra. «Es el tiro de la chimenea quien las guía», se dice mientras piensa en la inexplicable confortabilidad que le brinda un cuarto donde, por sola decoración, tiene las fotos de un pasado que sabe irremediablemente perdido en el saco del dolor. Porque es eso, precisamente eso, lo que le hizo dejar la ciudad, y el dolor a veces se traduce, por ejemplo, en el trasiego indiferente del gentío o en una auto-percepción equívoca, sin duda desenfocada por las químicas escapistas de su juventud. Porque fue eso y algo más... Algo que ignora, pero que sabe escondido dentro de esa historia que desde hace años escribe, afanado en un viaje de ida y vuelta que parece no acabar nunca: un libro que se retuerce sobre sí mismo y que nunca acaba. Porque sabe qué es lo que ha ido a hacer allí y teme que cuando la historia muera, tal vez no le quede más remedio que salir a la nieve, dejarse caer y esperar a que le cubra la bruma. Piensa en lo irremediable de la muerte. Observa el fuego, mira sus manos. Hay un dolor que amasa su día a día pero lo sabe controlado. Como si el hombre que ahora es supiera domar los terrores que aún siente como herencia del pasado. Tal vez intuye que aquella habitación, aquella casa, aquel pueblo perdido en la Alpujarra, le hayan salvado de una vida que, casi con toda seguridad, le hubiera obligado a enajenarse de sí mismo, «y eso nunca», se dice. Observa a través del cristal la sana jovialidad con la que un par de niños pelean de igual a igual sobre el manto que forman las primeras nieves del invierno. Mira y piensa en lo extraño que le resulta el sabor de ese café. Tal vez no quiera darse cuenta de que es entonces, precisamente entonces, cuando está siendo feliz. Se da la vuelta y apunta en un papel un par de líneas: «Y es el exilio el testamento que me hice a mí mismo cuando era joven y aún me queda-

ban ganas de salvarme de lo indecible». Las tacha. Quizá piense que una pregunta menos es un trozo perdido de lo que se ha sido e intenta concentrarse en la novela. En el capítulo que escribe, un antropólogo español medio tarado busca en un pequeño pueblo del oeste de Estados Unidos el manifiesto fundacional de un grupo de poetas salvadoreños perdidos en el desierto. Le gusta tanto esta parte que sabe que quizá esté escribiendo demasiado rápido y por eso de vez en cuando, muy de vez en cuando, baja a la cocina para hacer café, sale a la calle para tomar algo en el bar o pasea por la nieve. El objetivo es hacer de esa historia un salvoconducto que le permita sentirse digno. Esa es la única verdad. Se levanta de la mesa, deja el manuscrito sobre el sofá y se contiene. Recuerda las palabras de una mujer: «No hagas de tu historia una carta de suicidio y, sobre todo, contén el ansia de parecer quien imaginas. Entierra a tus personajes cuando acabes, porque la historia que escribes te comerá, y lo sabes mejor que nadie, si te acabas descuidando». Siente un escalofrío. Tal vez pensar en su propia felicidad lo asfixie, pero hasta qué punto es posible hacer de una novela una nueva forma de autodestrucción. Quizá ese pueblo, la nieve, le salve una vez más de sí mismo y le otorgue juicio. Apura el café. Mira por la ventana. Uno de los niños tiene un ojo hinchado y sangra con abundancia. Lloro y no parece encontrar consuelo. Su amigo lo abraza. Nuestro hombre piensa en las posibilidades que tiene de vencer a la desesperanza. Escribe: «He llegado hasta aquí para no abandonarme. La traición mayor que uno puede hacerse pasa inexorablemente por la renuncia a lo que uno espera de sí mismo y en mi caso hay una historia que debe ser contada. Esa historia ha de llevarme a la tumba. Superar el dolor significa entender qué de mío tiene el lugar donde habito. El exilio interior como imagen de un paisaje que se mantiene puro. La nieve como testimonio de lo doloroso y áspero de la belleza. Toda creación lleva dentro el testimonio de lo marchito, de la muerte... Pero mi historia no ha acabado». Y esta vez no tacha lo que ha escrito. Sobre la nieve un rastro de sangre le recuerda que todo tiene un precio.

Llegó a imaginarla tan bien, llegó a desear tanto su presencia real, que al cabo de unas horas, cuando de tan cansado empezaban sus ojos a cerrarse, y como si de una ensoñación se tratara, la vio materializarse entre las líneas de la novela de la que ella misma era la protagonista. Dando por hecho, sin embargo, que aquella imagencita no era sino producto del cansancio, cerró el libro y se fue a la cama.

Una tarde después, cuando llegó del trabajo con toda la esperanza puesta en aquella historia que le estaba robando el sueño, abrió la novela y descubrió, entre las páginas, el cuerpecito aplastado de una mujer bellísima.

AUTOFAGIA

A Carla también le gustaban los puzzles. Algunas veces cogía las fotos de sus amantes y las hacía trizas. Después iba a emborracharse. Cuando regresaba por la mañana se quitaba la ropa y se revolcaba sobre los trozos de las fotografías de los hombres que la habían acompañado en aquel camino hacia no sé sabía qué forma final de autoexterminio. Luego tomaba cada uno de los trozos y se lo metía en la boca, se abría otra cerveza, le masticaba el rostro al fantasma que salía en la foto y se tragaba el pedazo. Y así con todos. Era como si quisiera recomponer en su estómago otra especie nueva de hombre que, al menos, no la dejara insatisfecha; aunque al final lo único que conseguía era vomitar una papilla grisácea de ojos, cejas, bocas, pelo, ropa, de vez en cuando alguna gorra o un cinturón, y muy de tarde en tarde algún zapato viejo o una corbata negra. Sin embargo, todo fue distinto el día en que, sin darse cuenta, se tragó la foto donde una mujer de mirada huidiza le acariciaba el pelo a un joven de gesto taciturno. Esa mañana no supo reconocer a la mujer de rostro ambiguo que la miraba desde el otro lado del espejo.

Asomado a una pantalla, nuestro personaje, pues no merece otro nombre, rebusca en el disco duro de su ordenador, que contiene algo más de diecisiete mil libros, alguna obra que le pueda resultar interesante y que, de paso, le pueda alegrar el día, unas horas o minutos, tal vez al menos unos segundos, a sus amigos. Escucha jazz, un disco con canciones que aparecen en un libro de Cortázar, y silba los fraseos de Charlie Parker, que entonces le parece dios, o lo más parecido a dios que él pueda imaginar. Decíamos que el personaje escucha jazz. Decíamos que el personaje rebusca en una biblioteca virtual. Bien. Ahora decimos que nuestro personaje piensa en una frase (no sabemos de quién) que dice algo así como que el gran problema del ser humano es que no sabe estarse quieto en su habitación. Piensa en la grandeza del aforismo, ahora lo recuerda, «un aforismo, pero de quién...». Da igual, piensa en la grandeza del aforismo pero también en su tremenda y a la vez soberbia estupidez (la del aforismo, pues aunque nuestro personaje adolece de los males típicos de su edad, podríamos decir que no precisamente le adjectiva este último término, reconozcámoslo, en nuestro léxico quizá algo manido). Una vez más el maravilloso juego de la ambivalencia. Rebusca en esa nueva Biblioteca de Alejandría. Murmura: «A ver si supera esto el Artacho». Anotamos que Artacho es un profesor suyo que presumía de tener una biblioteca con más de diez mil libros. Lee al mismo tiempo un libro de arte del siglo XX. Es un manual ilustrado donde se hace un recorrido alfabético por los autores más destacados del siglo. Va por la letra «L»: «L» de Lichtenstein, Liebermann, Lipchitz, Lissitzky... Decide quedarse con uno anterior, con Lee, en concreto con Bruce, Bruce Lee. Sonríe al escribirlo. Nuestro personaje no merece más nombre que el que recibe. Pensamos que ni siquiera se merece este paratexto. Pero seguimos... Decíamos que elige. Bien. Ahora decimos que se sabe feliz en ese momento. Toma café. Estudia. Bucea en ese archivo inmenso. Tal vez escribe. Decíamos que de vez en cuando le sorprende el pensamiento

de ser feliz pero, de vez en cuando también, parece morder una intuición: tal vez saber que la dicha no es, en absoluto, inmarcesible. Quizá le pase lo mismo que cuando toma drogas, bueno, algo parecido, que es incapaz de soltarse el lastre de lo evidente de la ficción... Pero aun así lo disfruta. Es lo que tiene el juego de las ambivalencias. Claro, nuestro personaje ha llegado a entender, desde hace poco, bien poco, lo que de amable tiene la maldad, el llanto, el dolor, la tristeza que de vez en cuando nos muerde las costillas y nos deja sin aliento. Crecer ahí, justo en esos momentos en los que resulta difícil encontrar consuelo. La ambivalencia, decíamos. Nuestro personaje dice: «Aquí hay algo... una antología de poesía brasileña del XX... le gustará a estos filocariocas del pelotazo...». Se va a hacer café. «Acaso no caga el Papa».

Yo rodaba por el suelo. Rodaba, rodaba y no lograba saber en qué lugar me encontraba, pero era plenamente consciente del repugnante hedor que desprendían los bultos con los que accidentalmente topaba cada vez que me iba de un lado a otro. Sabía que aquella no era una habitación normal, no era tampoco ninguna de las celdas donde me había pasado los últimos veinticinco meses. Conocía aquellos suelos puntiagudos y húmedos demasiado bien como para no haberlos reconocido en ese momento. Y es que puedo asegurar que no estaba en ninguna celda, ni en ningún sitio que hubiera conocido antes. Solo sé que rodaba de un lado a otro de aquel lugar y que olía espantoso, y que chocaba, como les decía, que chocaba de vez en cuando con otros cuerpos. A decir verdad, también sabía que allí había dolor, mucho dolor. Dolor en los bultos cuyos esfínteres se habían relajado de pasar tanto miedo y dolor en los pasos de aquella gente que nos acompañaba. Dolor en su silencio.

También puedo acordarme de que unas horas antes de todo aquello alguien me había inyectado una especie de suero infernal con el que, supongo, habían querido matarme. Unos minutos antes me habían pegado la peor paliza que recuerdo. Me habían molido las costillas, me habían pisoteado la cara, me habían dado descargas, me habían... Da igual. Lo importante es que después de aquello yo también me lo había hecho todo encima y que pensaba en todo esto cuando un tipo me agarró de los pies, me levantó los párpados y le dijo a alguien que no hacía falta inyectarme por segunda vez, que moriría en minutos y que no alborotaría nada. Y fue verdad. Entre dos me cogieron de las piernas y me metieron en un saco. Conmigo echaron un trozo de hierro o algo de peso. No lo recuerdo bien porque tampoco pude abrir los ojos. Estaba mareado, me dolía todo y apenas si podía moverme. Sabía que iba a morir.

Cuando abrieron una puerta por la que entró un frío de mil demonios escuché como alguien emitió un quejido que pronto se fue apagando.

Era como si un agónico pesar le robara las fuerzas necesarias para romper a llorar... Después de aquello todo permaneció en silencio, hasta que unos minutos más tarde un par de hombres agarraron el saco donde me habían encerrado, se acercaron a la puerta y lo lanzaron al vacío. El trozo de hierro quebró la resistencia de las costuras desgastadas del saco y así pude ver algo. No lo suficiente para diferenciar si el azul que veía era el del cielo o el del océano.

Abre la puerta. Hay un tipo que llega cansado de trabajar. Extraordinariamente cansado. Se diría que no tiene apenas ganas de comer ni de bañarse, ni de nada. Solo dormir. Pero una fe inquebrantable le hace vérselas con lo de siempre, con lo de cada noche, cada bendita noche que le regala la vida. Porque está cansado y tiene sueño, pero una idea le recorre de parte a parte y si no la escribe muere. Abre la puerta de una habitación pequeña. Es otro vientre. Sobre la mesa hay un teclado de ordenador y escribe: «Hay una chica dormida sobre la alfombra de un salón. Su casa es vieja y sucia pero parece comfortable...».

Y en unas horas despierta. Esa mujer lleva sobre su espalda mil y una huidas. Escapa de su tierra, de sus pasos. Solo ella es capaz de saber en qué maleta se encuentra su exilio definitivo. Arrastra veinte libros. Un par de cajas llenas de ropa vieja. Mira a su alrededor con desconcierto. En esa habitación pasará más de diez años, pero todavía lo ignora. Sabe pocas cosas: tal vez que está sola, que habita en un país donde los hombres desaparecen, que nadie la persigue, es más, que nadie la busca. Se siente, ahora que el mundo se le cae encima, tan terriblemente sola, que acaba por llorar. Habrá de sorprenderla en ese momento la intuición de las jóvenes suicidas y agarra una tiza rosa, se va hacia la pared y traza una rayuela con la que abre un camino que, ahora sí, la alejará de sí misma...

«¿Es que los funcionalistas no pretenden conocer cuál es el motor del cambio?». Hay un tipo que no escucha. Hay cincuenta estudiantes que esperan una respuesta y el profesor solo es capaz de balbucear un «qué» inseguro, apenas susurrado. Se mira las manos. Se frota el polvo de tiza rosa que lo mantiene en trance. Da la vuelta y lee en la pizarra una frase que no recuerda: «Antes de ser Dios el hombre también quiso ser asesinado y se inventó a sí mismo». Ultima una respuesta para no pasar por loco. «No, no creo que yo haya dicho eso. De todas formas, si no os importa, hagamos un receso de diez minutos, luego seguimos». Sale de clase. Baja las escaleras. Saca una

moneda. Toma un café. El primer trago le recordará que a quince mil kilómetros de distancia hay un tipo que mira el cielo encerrado en su habitación...

Y cierra la ventana. Porque el cielo no habrá de decirle nada y por ello lo maldice. En la pantalla de un portátil espera un mensaje que tal vez le ponga escaleras de salida al abismo. También toma café. Combate el vicio de la espera con una lectura antigua que apenas si puede distraerle. Podría ser Carver, Fante, Borges, Baroja, Welsh, o tal vez ninguno de ellos. Es un simple ordenador, y lo sabe, pero quisiera que la boca de cristal de esa pantalla no le doliera tanto. Fuma marihuana. Otro café. Acaso un poema que diga: «Voy a morir rendido a tus pies/maldita zorra/quisiera estrellarte la crisma en un espejo/y luego rajarme con el espanto». Y le prende fuego al papel. Lo apaga. Tal vez el humo le anticipe la intuición de lo esperado y lo caza en el momento (De: Estrella Distante. Asunto: No volverás a verme más). Dolor. Dolor. Dolor. No hay más que dolor en esta puta vida. Y baja la pantalla...

La sube. Hay un tipo, malcarado y serio, que anota lo siguiente: «Pedro quería burlar el horror. Acaso alguna vez pensó que podría detener su ruina pero no quiso hacer lo suficiente y ahora lo está pagando. No hay luz en la cárcel donde el suicida agita su condena. Él lo quiso así. Una navaja refleja, cual espejo, lo inaudito del ser humano. Estalla la tormenta...».

Llueven mil gotas de sangre sobre el cuadro donde Mark Rothko se quita la vida. Una mujer, que escucha en la escalera, corre asustada a socorrerlo pero no consigue nada y asustada, telefona a la poli. Tendrá que hablarles de la rareza de su vecino, de su más que terca propensión a recrearse en la caída: «Qué quieren que les diga, señores, que andaba un poco loco, ya saben, todo el día bebiendo y apenas sin dormir. Siempre estaba sucio, con lo que él era... A mí todo esto me viene largo, ustedes se imaginan, un hombre de uno noventa sangrando sobre una silla, con la sangre cayendo sobre una tela blanca...».

1. «Su obra definitiva». 2. «No me interesa la vida del imbécil ese». 1. «Este tipo llegaba a pasarse más de quince horas delante de uno de sus cuadros. Dicen que dejaba la mente en blanco y sentía, solo sentía, lo que le provocaba el color». 2. «Pues que hubiera pintado con

rosa, el muy gilipollas». 3. «Madre mía... ¡Qué dos!». 1. «Dirás lo que quieras pero Rothko acabó así sencillamente porque no le daba tregua al autoengaño». 2. «Y a mí qué me importa». 3. «Dejad ya esa cháchara de mierda». Y se despiden...

Se marchan... Hay un tipo que apesta a desconsuelo. Camina calle arriba oyendo a Calamaro, mientras llueve y llueve y llueve...

En otro lugar de la ciudad, un hombre cierra su paraguas, abre la puerta y entra en casa. Abre un cuaderno de notas que tiene sobre la mesa y anota: «Esta ha de ser una historia normal. Defender el lúdico ejercicio de la narración pura no me parece impúdico. Reflexionemos a propósito de lo que se nos cuenta en 2666. La nada y todo. Tal vez la furia creadora de Bolaño resida precisamente en esa falta puntual de mensaje. No le sobra ni una sola coma». El tipo arranca la hoja del cuaderno y sale al patio, piensa en Baudelaire. Recita: «Somos las voces dormidas en la aurora./Tal vez el sol/al menos hoy/no lleve la voz cantante/y perdamos la paciencia./Sabemos que somos hijos del dolor sin rostro./Hay una luz dormida que acontece en cada espera./Si acaso/no será ésta la que lave mi dolor/pero ayuda saber que os tengo cerca./Ha de rodar la piedra del azar/aquí/y ahora...».

La piedra vuela... El niño que salta a pata coja. La rayuela que vence con la destreza de un equilibrio que nada tiene de inocente. Mientras salta, desea ser así de feliz siempre y se acaba obnubilando. Siente el polvo de tiza entre los dedos, pisa la raya del nueve y se queda fuera. El juego para él termina. El dolor que le asiste ha de tardar tiempo en hacerle un traje de hombre nuevo. Piensa en el fracaso. Tal vez un niño sólo deba pensar en lo inmediato. ¡Qué más da!

En plena noche hay un tipo que acaba de despertar. Se marcha hacia el trabajo y hace frío. Apenas ha dormido un par de horas pero le parecen suficientes. Esta noche seguirá escribiendo la historia que desde hace años le persigue. Sonríe. Camina con las manos metidas en los bolsillos y se siente alegre. A esas horas, la ciudad lo escucha caminar tranquilo. El eco de los pasos de un hombre valiente.

Ulises había despertado en la cama del hospital sin recordar prácticamente nada, nada de su vida. Alicia, su mujer, le dijo que en el accidente se había golpeado la cabeza con el volante y que se había salvado de milagro. Ella le dio la mano y le dijo que no se preocupase, que pronto estaría de nuevo en casa y que los médicos le habían asegurado que iría recuperando la memoria con el tiempo.

Al llegar a casa el primer día, Ulises recorrió las habitaciones con una aplastante sensación de extrañeza. Al llegar a su despacho comprobó como reinaba en él un cierto desorden y lo tranquilizó saber que sería allí por donde tendría que empezar.

A medio día, su mujer lo encontró limpiando y ordenando su habitación. Estaba contenta, no lo podía ocultar, y sin decir palabra lo abrazó de tal manera que a él le dieron ganas de llorar. Al separarse la miró a los ojos y le dio las gracias. Era una mujer extraña. Antes de salir de la habitación le preguntó que qué había pasado con los libros que había en una de las cajas que había desparramadas sobre la alfombra del despacho. Ella le dijo que no sabía nada, que quizá se los hubiera prestado a algún amigo.

A la mañana siguiente, al salir a hacer la compra, pasó por la librería de viejo de su amigo Rafa y echó un vistazo por las estanterías. El librero no se encontraba allí, pero Verónica, su empleada, le dijo que le habían llegado unos libros nuevos que, aunque estaban algo trabajados, tal vez pudieran interesarle. Al echarles una ojeada comprobó como todos estaban subrayados con lápiz azul. Algunos tenían anotaciones en el margen. Le prestó especial atención a un libro de cuentos de un autor ruso del que no recordaba nada y repasó una a una las anotaciones y partes destacadas por el lector. Cuando iba por la mitad del libro sintió como se apoderaba de él una sospecha que se iba traduciendo a cada página en una sensación de angustia que apenas si podía ignorar. Decidió cerrar el libro y pedirle a Verónica un papel y un lápiz. Al escribir un par de líneas volvió a la estantería, cogió otro libro de

los señalados por la empleada al azar y lo cerró de prisa. Algo pasó dentro de su mente, pero Verónica no sabía decir qué. Al salir de la librería, Ulises vomitó de tal manera que se sintió hueco, al fin hueco.

Z toma café. Como cada mañana, a la misma hora de siempre, café con leche y media tostada de mantequilla, en la mesa de la ventana, cerca de la puerta, justo al lado del revistero donde se coloca la prensa diaria. Z repasa las noticias con cierta lejanía, apartado como está de la arena política desde hace tiempo, todo le parece ya mucho menos importante. De vez en cuando se sorprende recordando aquellas ocasiones en las que un titular le había hervido la sangre. Pero aquel día no, como decimos, aquel día Z repasa la prensa sin prestarle mucha atención. Por eso, al acabar con la prensa nacional ni siquiera hace el intento de agarrar el periódico local y, ligeramente complacido, levanta la vista para ver tras la ventana el rostro de un joven que le recuerda a alguien. Camina por la calle con cierta decisión y parece tener la edad de su hijo, pero no, su hijo no suele traer amigos a casa y la ropa del chaval tampoco se parece en nada a la que usa M. De todas formas, tiene la sensación de haberlo visto antes. No sabe dónde. Agarra el café. Está tan caliente que ha de soplarle y se le empañan las gafas. Antes de limpiarlas con la tela del pantalón, ve como el chaval cruza el paso de cebra para entrar en el bar. Las limpia y cuando se las coloca, ve como el chico en cuestión pasa por delante de él con una decisión que parece impropia, extraña, y le sigue con la mirada. El joven se echa mano al bolsillo del pantalón y saca algo. En ese momento lo entiende todo. Alguien mira para encontrar de frente el cañón de un arma. El café de Z se estrella sobre el mármol de la mesa y se le abrasan las pupilas.

A Elías le gusta caminar por los bordillos, rápido, muy rápido, concentrado en sus historias, o lento, acelerando y desacelerando según se sucediesen las escenas de sus relatos.

Plano de situación: Elías tiene 32 años, es un joven autor de prestigio autonómico y se encuentra bien situado en la esfera intelectual de su ciudad, una capital de provincias.

Seguimos. A Elías le gusta caminar por los bordillos, como decíamos, con la mirada perdida sobre sus pies y el gesto de concentración marcado en su mirada, a veces dándole vueltas a las llaves en su mano derecha. No se piensa demasiado, pero a Elías le encanta verse solo o, más bien, no sentirse acompañado, como si una biblioteca vacía o una calle desierta en plena madrugada fueran los escenarios donde poner en juego su yo más profundo.

En la biblioteca, solo, la gente estudiando y él escribiendo una historia sobre un compositor aficionado al despilfarro. En el cine, solo, sentado en la última butaca, viendo una película europea que solo resistirá dos pases. En la piscina, solo, nadando de dos a tres, justo a la hora, y lo sabe, donde sólo queda en la piscina el socorrista. Aunque también es verdad que a Elías le resulta indiferente que la gente lo acompañe, porque él se siente solo, y eso lo reconforta. Por eso, en el trabajo, solo. En las clases de alemán, solo. En el bar con los de siempre, solo. En el despacho de su editor, en la montaña rusa de su puta vida, en la cama, en su casa, con la cabeza metida en el mueble bar, solo. Solo, solo, solo.

Plano actual de la situación: Elías pasa en autobús por una calle donde una centena de jóvenes salvajes, armados con piedras y banderas negras, arremeten violentamente contra una sucursal bancaria. Mira el rostro encapuchado o solo la parte visible del mismo, es decir, los ojos, de un chico que se juega la vida al pegarle un puñetazo a un policía que

pretendía detener a uno de sus compañeros. Entonces Elías, intuye algo, algo que desecha pronto, justo antes de que esa intuición se transforme en una forma de sospecha que le abra las puertas a una incertidumbre antigua. De nuevo la vista al frente. Concentrado en sus historias, solo.

Final: un día Elías camina como loco por un bordillo de la universidad, de repente se escurre un poco, justo lo suficiente para romperse un pie y lo tienen que ingresar unos días en el hospital. En ese momento, echado en la cama sin poder moverse, dándole vueltas al coco y ya sin ganas de escribir historias, se pregunta qué le pasa cuando necesita que vayan a visitarle, que le presten atención, que alguien le hable, por favor —se dice—, que alguien le traiga flores, un libro o una revista de marujas, algo, pero que alguien vaya a verle al hospital... Pero no aparece nadie. Solo. Sólo quisiera recordar algo, pero ya no puede, acaso una intuición perdida que ya no pudiera recuperar. Un atisbo de algo parecido a la humildad, pero más puro, menos cristiano que eso.

Cierre poético: solo, en la cama del hospital, dormirse solo, y solo despertar.

DESCONOCIDA

Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus.

Umberto ECO

Rosa se marchó de casa cuando apenas tenía quince años. Menospreciada por su familia, se tomó la venganza por su mano y antes de marcharse dejó una nota donde cargaba contra sus padres. Ellos, que durante años la buscaron sin encontrar respuesta, jamás perdieron la esperanza de volver a verla, pero con el tiempo se acabaron despreocupando.

Una noche, una noche de invierno de 1993, terminaron de cenar con la noticia de que había aparecido el cuerpo sin vida de una mujer que la policía calculaba que andaría por la treintena. Abrieron los ojos esperando que aquella mujer no fuera su hija. La última información proporcionada por el periodista que cubría el caso es que se ignoraba por completo la identidad de la mujer y que de cintura para arriba el cuerpo se hallaba completamente carbonizado. Justo en ese momento uno de los nietos del matrimonio llamó por teléfono para decirles que aquel trimestre lo había aprobado todo. Los abuelos, como era de esperar, se olvidaron del telediario y prometieron al niño regalarle por navidad el teléfono móvil que había pedido para los Reyes Magos. La última imagen que se vio fue la del cadáver cubierto con una manta negra. «Y al final de la rosa ni tan siquiera quedó el nombre».

REENCUENTRO

*Era un cuento largo e increíble, una saga de viajes y disfraces,
de calmas pasajeras, frenesíes y huidas por las noches.*

Leviatán, Paul AUSTER

No tenían nada que contar. Más que sospecha, lo que palpaban eran la evidencia de la falta de un espacio propio, de un tablero donde, al menos una vez más, saberse del mismo lado. No tenían nada de que hablar, pero un portugués loco les había dado dinero para volver a España y aquella era una oferta que no podían rechazar. Todos pretendieron sincerarse, pero el trámite se les hacía tan duro que hubo alguno de ellos que empezó a dudar de hasta qué punto habían recorrido juntos aquel camino que ahora les reclamaba. El portugués notó la sombra de sospecha que se abría entre el grupo de poetas y, consciente de lo irrepetible de la ocasión, intentó animarles prometiendo que después de la comida irían a un local donde se servía la mejor cerveza de la ciudad, pero el tiro le salió por la culata... Rechazado por extraño, por ser un extravagante e hipócrita aficionado a la vida de intemperie, entendieron su apuesta como otra inútil y cursi estratagema para hacer que tejieran el nudo de lo imposible. Había pasado demasiado tiempo y el dolor y la distancia les había vuelto extraños, aunque también eran conscientes del pasado en común y de la extraña forma de ser felices que durante años compartieron como un cáliz de fuego del que luego heredarían la desgracia; incluso seguían reconociéndose en la extraña manera de ser sinceros en un momento en el que, como aquel, se reencontraban con el inquebrantable testimonio de su equivocación, aquel discurso estúpido que les hizo mitificar la errancia. Y por eso no entendieron el interés del portugués por querer reconstruir aquel castillo de naipes condenado desde un principio a convertirse en la menos romántica de las ruinas. Y por eso se levantaron, dejándolo allí plantado, al portugués, dispuestos, como si lo estuvieran viendo, a ponerle sobre la mesa los cheques con los que se había hecho posible aquel encuentro que, suponían, acabarían recordando como la presentida puesta en escena del último acto del proceso de desencanto.

Sin embargo, y en el momento en el que ya enfilaban la salida, sintieron como caía la primera pieza del tablero donde poder encontrarse de nuevo cuando, al ver un filo rojo asomar del bolsillo de atrás de un pantalón, uno de ellos le dijo a otro: «Oye Carlos, no será ese libro que llevas ahí el que yo creo, que lo llevo buscando más de siete años».

HABITACIÓN

Su habitación tenía pasillos oscuros que conectaban con las profundidades. Le gustaba imaginarla así. A diario mantenía una lucha constante contra las tribus de hormigas que poblaban cada extremo de su cuarto. También había humedad, pero esta le incomodaba bastante menos. Como solía pasarse días enteros en aquella habitación, al final llegó a acostumbrarse al mal olor, el olor a humedad, y sólo se daba cuenta del mismo cuando regresaba de una de sus escapadas, pues de vez en cuando salía a tomar café o a pasear por el barrio para respirar un poco, y al menos así, mover un poco las piernas. Leía, claro que leía. Leía poesía, novela, libros de antropología, de historia, de ciencia... Leía todo lo que le caía entre las manos. También escribía, pero muy de vez en cuando. De hecho, cada vez que se ponía frente al papel en blanco sentía un miedo extraño que solo era capaz de vencer en ocasiones. También a veces, muy de tarde en tarde, venía a verle algún amigo y siempre lo encontraban con la habitación revuelta, aquel paisaje de montañas de libros, cielos maquillados con recortes de revistas que tapaban los cristales de las ventanas y aquel mandala que, como un enorme puzzle de rostros, crecía cada día en una de las paredes al paso que a nuestro hombre se lo iba merendando la nostalgia. Porque esa es la pieza central de este relato. Hay un momento en el que él levanta la vista del papel en blanco y piensa en todo lo que ha dejado. Piensa también en todo lo que está dejando. Hay un vértigo que le persigue cuando al mirarse las manos advierte que nada de lo que ha hecho le ha servido para salir de esa inercia que sabe no ha de conducirle sino al abismo. Porque hay algo evidente en el acontecer de este hombre y es que, más allá del placer suicida que le reporta el abandono, mantiene una creencia profunda en la capacidad salvífica de la literatura. Pero hasta qué punto él se está salvando... Esa es la pregunta. Vuelve a mirarse las manos. Es consciente en ese momento de que el itinerario de liberación que intuyó desde siempre en el papel, se ha tornado distinto en la realidad que se levanta dentro de aquellas cuatro

paredes llenas de hormigas y manchas de humedad. Plantearse la pregunta de hasta qué punto nos condena aquello que nos ha hecho ser nosotros mismos es tan doloroso que al instante renuncia a la respuesta. «Es mejor abandonar», se dice. Escapa de la habitación. Sonríe. Ha traicionado tantas veces su voluntad que la trampa lo reconforta y cuando sale a la calle intuye que la fuga no será en absoluto definitiva.

Charles Bukowski y John Fante juegan al ajedrez en una cafetería de Madrid. Son jardineros y después del trabajo han decidido ir al bar donde dos veces por semana suelen echar una partida de ajedrez. Juegan apostando fuerte.

Sobre la mesa un par de cafés con leche y una botella de bourbon bastante malo sobre la que de vez en cuando, justo en el momento en el que sospechan haber cometido un error que le pueda abrir las puertas a la derrota, posan su vista como arañas que quisieran medir la distancia que las separa de su presa. De todas formas, los parroquianos de Vallecas no saben exactamente a qué se dedican estos dos personajes o a qué se debe su puntual presencia en aquel local donde la mayoría de la gente va a tomar carajillos y jugar a las tragaperras.

El caso es que en aquella partida, en la partida de la que hablamos, el bueno de Fante comete un error que supone definitivo, pues abre un hueco sobre el que Hank echa la reina en un movimiento con el que espera poner fin a la partida; pero el ataque de la reina negra, fruto de una impaciencia a la que Bukowski se entrega cuando supone que al enemigo se le han caído las armas, acaba pasándole factura, y Fante, que aprovecha la ocasión, le anula la ofensiva y en dos jugadas le canta un jaque que no tiene respuesta.

Al viejo Chinaski no le queda más remedio que coger la botella y abrirla mientras es observado por la chulesca clientela del bar, que sabe lo que viene después. Mientras algunos parroquianos lo jalean una vez más, Bukowski se enchufa trago a trago el medio litro de *bourbon* que queda en la botella y que sin remedio le ha de quebrar la noche.

Cuando acaba el espectáculo, Fante, repeinado y feliz en una esquina del bar, se pide una ración de calamares y una cerveza con la que inaugura una noche de las que no se olvidan.

Desde aquí, miro hacia un lado y hacia otro y no acabo de saber muy bien dónde estoy, o dónde está. Sólo sé que en estos pasillos me siento solo y que no paro de caminar sin saber muy bien hacia dónde se dirigen mis pasos. Sé muy pocas cosas. A decir verdad, ni siquiera puedo asegurar que esté solo, porque de vez en cuando alguien o algo susurra unas palabras cuyo eco me llega al torcer una esquina o al sentarme en un banco de los que hay en estos pasillos; porque tampoco he dicho que de vez en cuando descanso... No podría ser de otra manera, pues me paso noches enteras caminando. No sé muy bien si este laberinto tiene salida. No sé si más allá de estos pasillos hay algo. Tal vez tras los muros de este encierro no exista nada, o aún peor, se abra un abismo que me aniquile. Pero acaso no es esta otra forma de morir... Pues claro.

Ya dije la palabra, he definido mi prisión y la he llamado *laberinto*. Quizá se trate de caminar sin buscar una lógica concreta y acertada. Quizá la solución... ¿Solución? Tal vez el remedio consista en hacer de estos pasillos un hogar, un camino que habitar. Pero... ¿Cómo se puede habitar un camino? Y si se trata de hacer preguntas, escribo: «¿Cuándo llegué aquí? ¿Soy hijo del *laberinto*?». No lo sé, pero soy incapaz de dibujar el recorrido. Lo que sí sé es que apenas llegue al centro, o a lo que crea que es el centro, intentaré pensar en la posibilidad de habitarlo. Se trata de hacer de la búsqueda un hogar definitivo. Alguien susurra algo sobre el valor. Estoy dentro del laberinto, eso es lo único que sé. Y ya no importa dónde esté la salida.

Se había montado en aquel autobús pensando que si escapaba de la ciudad lograría cambiar su suerte. Era un domingo soleado y Juan intentaba sacar de su cabeza toda la nube de preocupaciones que le estaban nublando los últimos años de una juventud que se le venía abajo. Para facilitar la tarea abrió uno de los tres o cuatro libros que había metido en la mochila. Empezó a leer sin demasiada convicción. De vez en cuando cerraba el libro y suspiraba. Volvía a leer la misma página con resignación, sabiendo que dentro de poco sus ojos se posarían de nuevo allí, incapaz de desalojar de su mente las imágenes que aún le perseguían después de meses y meses de esfuerzo inútil y penalidades. Solo que esta vez también se equivocó... Al final pasó horas y horas leyendo en aquel trayecto infinito que suponía le alejaría de sí mismo. Leyó, leyó y leyó... Y solo paró cuando, complacido, observó el mensaje que durante una curva se le coló entre las líneas del texto que estaba leyendo. La sombra deambulante de un *SALIDA DE EMERGENCIA* que le hizo sonreír. Se preguntó entonces si no sería aquella la clave de una fuga definitiva.

RASTRO

«Te conocerán por tu rastro de libros dejados a medias», te dije aquella noche que nos quedamos dormidos en un banco del paseo marítimo de Niza. Te dije aquello porque, como si fueras una mujer hecha a base de fragmentos, creías que jamás se debía acabar una historia que uno no leyera como lo hace un niño, es decir, con una pasión y arrojo que roza la locura. Por eso jamás acabaste ninguno de los libros que te regalé en aquellos cinco años que estuvimos viviendo juntos, porque eran libros demasiado eruditos, demasiado pomposos, demasiado fríos o fantásticos o lo que fuera. El caso es que jamás acabaste ninguno.

Sin embargo, el día que dejé a medio recorrer *La senda del perdedor* no quisiste perdonarme, y te marchaste sin dejar rastro, dejándome solo, anclado en el dolor, con mi tesoro de libros repudiados arrumbado en un rincón.

En el fondo, y esto es lo único que me consuela, guardo la secreta satisfacción de haber sido una buena historia para ti, una historia acabada.

«¿Qué hacer?». Eso es lo que se pregunta Claudio. Al fin ha llegado la carta que estaba esperando desde hacía tanto. Ya la tiene entre sus manos. Esta mañana, al venir de correr, se ha encontrado con el cartero en el portal y se ha dado cuenta de que la carta que echaba en su buzón era la esperada, porque solo ella utiliza esos sobres de papel reciclado de color gris. Pero ahora todo son dudas. Mejor será, se dice Claudio, que me duche y me vaya al trabajo antes de que se haga tarde. Y así lo hace. Deja la carta encima de la mesa y se marcha a la oficina. La mañana transcurrirá entre nervios y un sentimiento pesado y turbio que le hace perder la concentración con facilidad y que le provoca náuseas. Al llegar a casa, sin embargo, la situación empeora y no tiene más remedio que vomitar. Al salir del servicio ve la carta sobre la mesa del salón. Mientras se seca el sudor con una toalla, mira a su alrededor, comprueba no sin cierta satisfacción que la casa está sucia. Sin pensárselo dos veces se pone a limpiar. Quita el polvo, ordena, barre y friega en profundidad la cocina, sus dos habitaciones, el despacho donde tiene su pequeña biblioteca, el pequeño balcón y, ya para terminar, el salón. Lo limpia todo, absolutamente todo, menos la mesa sobre la que está la carta. Reflexiona un momento. Al subir una persiana comprueba que se está haciendo de noche. Antes de echar un poco de limpiador sobre la mesa agarra el sobre y luego pasa un trapo. Cuando acaba, se dirige a la cocina y tira la carta al cubo de basura. Luego echa encima toda la mugre del recogedor. Cuando al fin se tira en el sofá, Claudio agradece que después del ejercicio se le hayan pasado las náuseas.

REUNIÓN

¿Qué pasaría si juntáramos en un mismo lugar a un marinero francés aficionado al tango, a una cabaretista rusa que en sus ratos libres escribe poesía, a una prostituta belga (si eso fuera posible) que vende su cuerpo por las calles de Barcelona? ¿Qué pasaría, os digo, si junto a ellos contáramos también con la presencia de un acróbata de circo cuyos dientes son de plata, de un presentador de televisión en horas bajas que piensa en la mejor manera de suicidarse, de un portugués loco que busca por todo el mundo a un grupo de poetas errantes, de un violinista checo que quiere cambiar de sexo? ¿Qué pasaría, por tanto, si todos ellos se juntaran en un mismo lugar para, por ejemplo, hablar de sus cosas mientras toman una taza de café?

¿Qué pasaría?

Yo creo que aceptarían la propuesta del tarado detective luso, y antes de que el relato acabara, se pondrían a hacerse libro.

Tengo un amigo que dice que hay dos tipos de libros y, por lo tanto, de escritores. Según su teoría, en la primera categoría estarían los libros que de una manera u otra nos hablan de libros o de literatura o de escritores. Serían, por tanto, ejercicios más o menos refinados de metaliteratura. A la otra categoría pertenecerían los libros que tratan de la vida. Dicho esto, y siendo consciente del encanto que toda teoría que presuma de certera ejerce sobre tipos que, como yo, necesitamos muletas para caminar con la cabeza, se diría que hay rincones oscuros sobre los que, digámoslo así, podríamos polemizar con el ánimo de ver hasta qué punto esta teoría de la literatura puede ser o llegar a ser falsaria. Por ejemplo, a qué categoría pertenecerían aquellos libros que tratan sobre la vida de personajes (he pensado en la posibilidad de utilizar la palabra *agentes*) cuya existencia gire alrededor de la literatura... También se me ocurre dudar sobre el lugar que le correspondería a las historias de editores, libreros o bibliotecarios. Por el momento, dejémoslo aquí. El caso es que, como dije anteriormente, siempre me gustaron este tipo de teorías, pero cuando he querido aplicarlas me han surgido tantas dudas que al final ninguna me ha demostrado su infalibilidad. Para terminar, no me resisto a haceros otra pregunta. Según esta teoría, ¿a qué categoría pertenecerían los libros que tratan de personajes (de nuevo en mi cabeza la palabra agente) que logran conciliar los extremos más salvajes de literatura y vida? *

*Tenga en cuenta que si al leer lo anterior ha pensado por un instante en un conocido escritor mujeriego y borracho de sobrenombre Hank, estará corroborando la teoría antropológica que dice que en una sociedad como la actual, todos somos hijos de la misma madre (entiéndase cultural). Si por el contrario, al leer las últimas líneas de este relato usted pensó por un momento en Li Po, un poeta chino del siglo VII, imagine que el que está escribiendo esto se quita el sombrero y le presenta sus respetos. Sépase afortunado por haber

leído alguna vez los versos de tan enorme escritor borracho. Por último, si al leer lo anterior no le vino a la cabeza ningún nombre, cierre el libro y no se lleve a engaños: este libro pertenece a la primera categoría (o al menos eso dice mi amigo Palacios).

ENCIERRO

Le habían encerrado y no sabía muy bien por qué ni dónde lo habían hecho, en qué cárcel lo habían metido. Desde hacía días le habían tapado los ojos con una venda y su visión se había reducido a una pequeña tira de luz justo por debajo de la máscara que le cegaba. Solo eso: una pequeña rendija de luz, suficiente para imaginar por dónde andaba. Decíamos que no sabía por qué, pero sí que sabía que estaba preso (un clac al dar el portazo y el sonido de un cerrojo atrancando la puerta por detrás; solo unas palabras desde el otro lado: ¡ya te puedes quitar la venda!, y después la noche, después el silencio, después la soledad).

Los primeros días los pasó sentado en una esquina, a oscuras, con las manos abrazándose las rodillas e intentando tranquilizarse. Todo el día, toda la noche igual, pues había perdido cualquier referencia externa y la única luz que entraba a su celda era la que se colaba por la rejilla por la que le arrojaban la comida. Su dieta: pan duro mojado con agua. Pasó una semana y empezó a moverse. Intentó dormir menos y pensar más. Lo que peor llevaba era el olor de su propia mierda, pues tenía que cagar en un rincón y los carceleros parecía que no tenían intención de volver a abrir la puerta.

Un día —digámoslo así—, aunque él no tenía ni la más mínima idea de cuándo era de día o de noche, repito, o en qué día de la semana o mes se encontraba, un día, cuando fue a por la comida, sus piernas le fallaron y antes de caer pudo apoyar su mano en la pared. No cayó al final, o al menos no del todo, porque le dio tiempo a poner una mano en la pared. Fue precisamente entonces cuando notó que había escrito algo en la pared. Cuidadosamente, ignorando ya el trozo de pan que corría a recoger, pasó la mano por el trozo de pared donde se había apoyado, y cerrando los ojos, aunque no le valieran para nada en realidad, leyó de izquierda a derecha la siguiente palabra, rayada, parecía que torpemente, con algún objeto afilado en la pared de su celda, *esperanza*. Marcó con un paso lateral la distancia que lo separaba de la puerta y puso las manos justo al lado del marco de la puerta, movió sus manos, cerró los ojos y con el corazón desbocado

leyó la siguiente inscripción: la victoria es tu paciencia. Aquella noche, y eso lo decimos nosotros porque sí que lo sabemos, él se pasó las horas pegado a la pared, leyendo con sus manos las frases que alguien había grabado en los muros de su celda, como si fuera un legado de esperanza y ganas de luchar, un legado para ser interpretado en el abismo absoluto y en la más absoluta soledad. Leyó frases como las siguientes: en una esquina, abajo, muy cerca del suelo, *desde el fondo se distingue lo que pesa y lo que no, u otra, justo al lado de la anterior, no hay destino que no se venza con el desprecio, decía Camus, o la desesperanza es un plato demasiado soso para ti.*

Leía, como un mapa, con pasión y maestría, recordando, como si de un barrido se tratase, por donde había pasado su mano y que zonas, por tanto, le quedaban de la pared aún sin desvelar, fragmentos de ese libro de la resistencia sin leer.

Y así fueron pasando los días, cada vez más rápidamente, palabras y palabras, frases construidas en la oscuridad por una mano lúcida, vital y peleona, aun dentro del abismo, una voz que le invitaba a resistir, a tener paciencia, a no desesperar... Una pared como un legado de sueños en el infierno. Pero llegó el día en el que él suponía que ya no le quedarían más palabras por leer, más pared por desvelar. Un pequeño trozo, justo en frente de la puerta, aún inmaculado y virgen, que él se demoraba en leer, paladeando, una a una, las letras de la última palabra que ya empezaba a intuir... Al fin y al cabo, una palabra que identificaba con escapar. Justo antes de leer la última letra, supo que se había convertido en otro hombre nuevo, en un hombre que, estando donde estaba, no se había dejado derrotar. Soñó con lo imposible al pensar en la palabra que había leído, que no era otra que la palabra *libertad*, y se dio la vuelta, quedando frente a la puerta. Escuchó entonces el cerrojo... El sentido inverso de todo: un cierre que se descorre, una puerta que se abre, una luz que le llama y lo encierra todo, la vida, solo eso, la vida, recuperada e intacta, terrible y bella, sobre todo para un hombre que conoce el valor de las palabras como nadie.

¿RESEÑA?

*Quedamos tumbados de espaldas mirando el techo y
preguntándonos qué se habría propuesto Dios al hacer
un mundo tan triste.*

Jack KEROUAC

Lo frenético. La locura de un optimismo irrefrenable, pero a la vez triste, tristísimo. Acaso es eso posible... Comerse el mundo, devorarlo, para luego morir de asco ante lo cotidiano. ¿Dónde? ¿Cuándo? Quizá no sea posible contemplar las montañas rocosas, pero tal vez estar frente a ellas dos días seguidos nos conduzca al hartazgo. Decir que uno prefiere dormir y no sentir el viento frío de la mañana es como afirmar que el sexo o las drogas son un mero entretenimiento. La aventura quizá no consista en hacer lo que se espera, sino en esperar lo imposible y disfrutar del camino. La carretera lo es todo. El paisaje también. Y, por supuesto, el instinto necesario que nos ayuda a liquidar cualquier intento, por mínimo que sea, de caer en la autoayuda o el orientalismo. Somos hijos de nuestro tiempo, aunque a veces nos sintamos como nonatos. Saber que hoy es más necesaria que nunca una revolución valiente que, a pesar de todo, acabe por superar de una vez por todas la mística conformista de la responsabilidad personal y demás miserias ciudadanistas. Esos tipos locos de *En el camino* parecen partirse la crisma con el muro de una realidad que parece no respetar sus ansias de plenitud, de unicidad. Es como una angustia ridícula y a la vez inevitable que nos trastoca la mente. Planes que se vienen abajo. Como esas veces en las que, sin saberlo, un fogonazo clarividente te rebaja la borrachera y te recuerda que estás preso, que todo es finito, que el absurdo está ahí, inconvencible, y que estamos solos, tan solos que no podemos sino gritar en el vacío, como lobos desesperados. Este es el sujeto: lobos. Ese el complemento: desesperados. Y aquel el verbo: aullar. Quizá algo falle, pero no será hoy, no será hoy.

*La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres
viejos que largamente se ocultaban en las letrinas.*

Jorge Luis BORGES

Yo no les vi jamás ocultarse en ningún sitio. Más bien se diría que su obsesión era la de pasar desapercibidos. Os cuento. En aquellos años yo era un joven desesperanzado más. Trabajaba a media jornada en una biblioteca minúscula donde algunos habíamos encontrado trabajo gracias a una de aquellas milagrosas bolsas de trabajo. Precariedad, claro, pero no nos vayamos por las ramas... El caso es que de vez en cuando yo les veía pasarse una tarde entera entre las estanterías. Sacaban varios libros y desaparecían sin mediar palabra. Eran tipos raros y nadie les conocía. Yo diría que ni tan siquiera eran de la ciudad. Lo interesante del asunto es que siempre sacaban en préstamo libros de temas utopistas o antiutopistas. Se ve que para ellos era más o menos lo mismo, o tal vez había una lógica parecida a la de las dos caras de la misma moneda, o qué se yo... El caso es que los miembros de la secta se llevaban de la biblioteca los mismos libros. Eran ejemplares que no parábamos de comprar y que día tras día desaparecían de nuestras estanterías. Un día, aprovechando mi presencia en un congreso de bibliotecarios, busqué después de una conferencia al Mago de Oz, el maestro bibliotecario que controlaba el catálogo centralizado de la red de bibliotecas estatal a la que pertenecía la mía. Lo encontré en un bar cercano al Palacio de Congresos donde se celebraba el evento. Leía los periódicos del día y tomaba un café con leche que acompañaba con tres o cuatro paquetes de *donuts*. Le presenté mis respetos y sin demasiada demora le comenté el caso. Fue entonces cuando me habló de la secta. Según él, se trataba de un grupo de fanáticos bibliófilos seguidores de algún tipo de ideario confusionista cuya piedra fundacional sería la destrucción paulatina y sistemática de toda la literatura utopista existente. Solían cambiar de identidad con frecuencia y circulaban con carnés de biblioteca falsos con los que sacaban una y otra vez los mismos libros. Regularmente

también cambiaban de ciudad. Eran, ante todo, unos tipos raros, pero nada peligrosos, me dijo el Mago de Oz. Después de aquella explicación, lo dejé desayunar tranquilo y regresé al congreso con la secreta satisfacción de saberme poseedor de un gran secreto que, al menos por mi parte, jamás sería profanado. Durante el trayecto de regreso a casa no dejaba de pensar en la próxima vez que viera a alguno de ellos. Y tampoco paraba de imaginar la cara que pondría el individuo en cuestión cuando, al repasar en su casa el recibo de préstamo que le había facilitado yo, descubriera el mensaje, fácilmente descifrable, con el que le anunciaba mi intención de convertirme en uno de sus neófitos.

Me llamo Ferdinand Mask. Bueno, en realidad no me llamo así, pero a veces me lo acabo creyendo. Trabajo en una casita en la playa donde tengo a dos hombres y tres mujeres a mi cargo. Todos ellos también se llaman Ferdinand Mask. Al principio, cuando les conté en qué consistiría el trabajo que debían desempeñar, protestaron diciendo que aquello no era ético y que no habían estudiado tanto para acabar trabajando «de aquella manera». Luego, cuando hablamos de las cantidades que percibirían por su trabajo permanecieron en silencio, y no sin cierta vergüenza, acabaron por aceptar el incómodo papel que yo les había asignado en esta particular empresa.

La verdad es que no escribo esto para que salga a la luz, pues Ferdinand Mask jamás haría un cuento del cuento en el que le va la vida, que es su prestigio, no sé, pienso que quizá estas líneas tal vez me valgan para exorcizar tantos años de vida en la sombra... Porque, al fin y al cabo, yo no soy Ferdinand Mask, o no debería serlo, ni ninguno de mis chicos debería serlo, pero lo somos, claro que lo somos, y eso nos atormenta... Solo que a mí me atormenta más... Parece que el oro ya no brilla como antes y ahora solo quiero luz, prestigio, reconocimiento y ganar premios de literatura con la misma habilidad que Ferdinand Mask, el gran campeón de los certámenes de primera categoría de este país. Pero yo no soy ese hombre, o tal vez sí, pero no lo suficiente y, en todo caso, cabe hacerse una pregunta más. ¿Qué derecho me asiste para robarle el nombre a su legítimo propietario cuando, más allá de esta hipócrita queja, jamás he osado discutir el contrato que me ata a él desde hace más de quince años? Porque en eso se resume todo, en un contrato en el que alguien paga porque yo escriba, escriba con mi equipo, claro, pero en silencio, en el más sepulcral de los silencios.

Después de todo, en esta casa soleada de la playa no se vive nada mal, y los chicos, a pesar de sus puntuales achaques éticos, se

encuentran a gusto viviendo de lo que saben hacer, que no es otra cosa que escribir con una pasión que roza la locura. Y al fin y al cabo que más da que seamos o no seamos Ferdinand Mask, cuando algunas mañanas, sobre todo en invierno, después de haber trabajado hasta la extenuación, hemos contemplado el amanecer en una playa en la que jamás soñamos vivir, ni tan siquiera unos días. Y qué importa, qué importa el lugar que ocupe la verdad cuando, en realidad, a nosotros lo único que nos preocupa es seguir construyendo historias. Somos sujetos, nosotros, también Ferdinand Mask, poseídos por la mística de un posmodernismo que actúa como disolvente. Quizá por esa razón hemos dejado de pensar en la naturaleza moral de lo que hacemos. Porque ahora solo nos queda la certeza de que somos felices viviendo así, a pesar del dolor de sabernos presos en esta cárcel de silencio, y esa misma certeza nos ayuda de una manera u otra a robarle tiempo al camino, pues al fin y al cabo todos sabemos que, más pronto que tarde, acabaremos enmudeciendo, y a partir de ahí solo nos quedará morirnos de aburrimiento.

HOLOCAUSTO

La muerte es inocente. La muerte no aprieta el gatillo, no clava una estaca, la muerte no sabe abrir la espita del gas y tampoco te aplasta la cabeza de un martillazo, la muerte es, sencillamente, tan inocente como las víctimas, las mías. Porque yo sí soy culpable. Yo, desde mi lecho de muerte os digo que fui culpable, y que lo seré siempre, porque yo sí que apreté el gatillo, clavé una estaca en el corazón de una mujer, yo sí que abrí la espita de un gas mortal y aplasté la cabeza de cientos de hombres condenados por la suerte negra.

Os digo que yo sí soy culpable, a pesar de ser un hombre, de serlo entonces también. Soy la encarnación del hombre que reside en sus afueras, en los horribles arrabales de la carne que nos habita. El hombre que se ensaña consigo mismo. Soy culpable. La muerte, por el contrario, para mí es como una forma de salvación.

Los herederos de Franz Boas, si se les puede llamar así, también lucharon en la misma guerra que iniciara su maestro, una guerra contra las lógicas sociales propiciadas por la teoría del determinismo racial, según el cual los comportamientos, actitudes y aptitudes de los pueblos e individuos están, antes que nada, determinados por su raza, dando por hecho además que existe una jerarquía racial demostrable científicamente a través de la comparación de los distintos niveles de civilización alcanzados por las sociedades donde se desenvuelven cada una de estas razas.

Pues bien, uno de estos discípulos, nos referimos en concreto a Margaret Mead, terminaba una conferencia en la Universidad de Ohio cuando un joven evolucionista, biólogo para más señas, la interpelló para que le explicara por qué si la teoría boasiana estaba empezando a ser aceptada por la mayoría de la sociedad, incluida su clase política, el Gobierno y los responsables de la cosa pública seguían manteniendo severas políticas de discriminación racial a lo largo y ancho de todos los Estados Unidos. Mead, que ya estaba algo cansada de que los jóvenes evolucionistas se le fueran por las ramas, le contestó que aquellos políticos apostaban por la discriminación racial porque en realidad pertenecían a una especie animal distinta de la humana. En ese momento, y antes de que se le escapara la conferenciante, un periodista de la prensa local le preguntó a la discípula de Boas que cuál era esa especie de la que hablaba, y Margaret Mead, antes de salir por la puerta, le contestó tranquilamente que aquellos individuos, los políticos racistas de los que hablábamos antes, pertenecían, en realidad, a la vieja especie de los *Filius canis*.

Andrés encuentra un recorte de periódico al salir de la facultad. En el trozo de papel aparece una foto del *sky line* de Nueva York y se habla de las lindezas del sistema económico y político cuyo epicentro se encuentra en esa misma ciudad.

Andrés se baja del autobús urbano y llega a casa. Prepara el almuerzo y después de comer se pone a fregar los platos. Ordena el salón. Saca los apuntes de las clases de hoy y los pasa a limpio. Luego vuelve a leer el artículo donde se hace un recorrido por los lugares más turísticos de la gran ciudad. Siente cierto asco y repulsión por lo que allí se cuenta y se lleva el recorte al baño. Se mira en el espejo. Se mesa las barbas que le crecen al estilo talibán y piensa en afeitarse. Sin saber muy bien por qué, se dirige a la cocina y le prende fuego al trozo de periódico.

Al volver al salón se le han quitado las ganas de estudiar y enciende la tele. Siente un escalofrío cuando ve como un avión se estrella contra una torre de lo que puede ser una gran ciudad y recuerda la coincidencia. Cuando el presentador del informativo le confirma que se trata de Nueva York, siente que debe hacer algo y vuelve al cuarto de baño, se mira en el espejo y se interroga. No sabe si sentirse mal, no sabe si afeitarse, si afeitarse como forma de arrepentimiento o como forma de flagelo... Acaba por no saber qué pensar... Se sienta en el filo de la bañera, se tranquiliza un poco y se acaba relajando. En un momento le sorprende un pensamiento que le hace sentirse un auténtico cabrón. Y se vuelve a mesar la barba.

Abrió la puerta y lo primero que le llamó la atención fue la enorme cantidad de libros que, más o menos bien ordenados en estantes de madera, cubrían por completo las paredes de la habitación. Luego se quitó los zapatos. Quería pisar aquella alfombra con los pies descalzos. Se sentó en el cómodo sillón de lectura y desde allí observó el paisaje marítimo que se abría a través del amplio ventanal. Sobre la mesa de estudio había unos cuantos libros de arte abiertos por la mitad. Eran ediciones de gran formato sobre artistas norteamericanos de principios del siglo XX. Abrió unos cuantos cajones y encontró numerosos útiles con los que poder escribir, dibujar, colorear... Al cerrar el último cajón se sorprendió sonriendo al verse reflejado en el cristal del ordenador. Lo encendió y vio la foto del fondo de pantalla, donde aparecían dos niñas jugando en una piscina mientras una mujer las contemplaba con gesto de satisfacción. Luego abrió un documento de texto que tenía más de trescientas páginas y escribió: «Había regresado a casa, pero tenía la sensación de ser una especie de Cristóbal Colón moderno...».

PROFESOR

Solo era cuestión de tiempo. El viejo profesor de latín arrastraba día tras día un peso que a simple vista le incapacitaba, pensaban todos, para dar clase con competencia. Y por eso todos esperaban que, más tarde o más temprano, a don Alfredo le pesara demasiado la presión y pidiera la baja.

Todo el mundo creía saber cuál era el motivo por el que el viejo profesor andaba desde hacía demasiado tiempo tan triste y cabizbajo. Unos decían que su mujer lo había dejado, otros que uno de sus hijos se había suicidado con una sobredosis de droga, los menos decían que don Alfredo andaba así porque se rumoreaba que la gerencia del colegio había pensado transformar la asignatura de Latín en una optativa de mucho menos peso. Hubo incluso alguien que llegó a decir que lo único que le pasaba a don Alfredo era que se había cansado de vivir.

Sin embargo, toda aquella rumorología se vino abajo el día que vieron aparecer a don Alfredo sonriendo, con coche, traje y corte de pelo distintos. Aquel cambio radical había dejado fuera de juego a demasiada gente y aún más sorprendidos se quedaron cuando el profesor dijo en la sala de profesores que sentía profundamente haberlos tenido tan preocupados en los últimos meses, pero que ya se había arreglado todo y que dejaba el colegio ahora que se habían solucionado algunos asuntos. Luego, en pequeño comité, les confesó a sus compañeros más allegados que ahora que había logrado dejar a su mujer y que su hijo drogadicto parecía haber superado con éxito su adicción a la cocaína, se marchaba a un apartamento que había comprado en la playa, a vivir de las rentas, les comentó, y a dejar de impartir aquella asignatura estúpida que a finales del siglo XX no tenía porque interesar a nadie, y menos a él, que desde hacía demasiado tiempo se había cansado de estar todos los días haciéndoles creer a sus alumnos que aquello les valdría para algo.

Carlos solía decirles a sus amigos que a los cuarenta años se pegaría un tiro en la cabeza. Su filosofía de vida se resumía en disfrutar de la vida todo lo posible mientras el cuerpo lo permitiese y en no dejarse engañar por la trampa de la supervivencia. Tal era su convicción que desde los treinta ya empezaba a pensar en la mejor manera de despedirse, y por eso, desde entonces, solía expresar sus sentimientos más a menudo que de costumbre: que si un «te quiero» por aquí, que si un «sois los mejores» por allá, a veces, incluso, un «me va a doler un montón dejaros». Frases por el estilo para reconciliarse con todo el mundo.

Llegada la víspera de su cuarenta cumpleaños, sus amigos, que salvo uno pensaban que toda aquella verborrea filosuicida no era sino producto de la cabeza juglaresca de Carlos, le prepararon una fiesta de despedida que se parecía más bien a otro cumpleaños cualquiera, con drogas, chicas y música para bailar. En esa fiesta Carlos paladeaba los últimos momentos junto a su gente, deambulando de un lado a otro, sin saber muy bien qué decir, con la mirada perdida y la piel vuelta hacia dentro, repasando, sin duda, los motivos que le llevaban a quitarse de en medio cuando aún le quedaban muchos años por delante y todo el mundo lo quería. Hubo entonces un momento en el que necesitó estar solo y salió a la terraza. Allí encontró a una chica a la que no había visto nunca. La saludó por cortesía.

—Hola—le contestó ella?—. ¿Tú eres el de la fiesta, no?

—Sí, claro, mi cumpleaños y todo eso...

—No se te ve demasiado contento.

—Es que dentro de unas horas me voy a suicidar.

—No lo creo— le dijo mientras le cogió la mano.

Esa misma noche Carlos y Laura follaron como si se fuera a acabar el mundo, solo que el mundo seguía ahí y con ellos dentro. A la hora fatídica Carlos llamó a Alberto, el único que había creído toda aquella historia del suicidio, para decirle que se había arrepentido y que empezaba una nueva vida, sin amenazas ni promesas a la espalda.

Unos días después, Laura le dijo que lo amaba tanto que necesitaba saber que había abandonado la idea del suicidio definitivamente. Carlos le contestó entonces que había dejado de pensar en la vida como en una partida de cartas.

Hilda era perfecta, o casi, y cuando salía por la noche de la mano de Omar, todo el mundo les envidiaba, por ser tan guapos, especialmente ella, y por quererse tanto y de forma tan sincera, y por ser tan jóvenes, tan atractivos, tan lozanos... La relación que les unía era sólida, como un bloque de acero, pero sin ser fría, al contrario, después de casi tres años seguían haciendo el amor todos los días, y las noches que, por lo que sea, tenían que dormir separados, se acababan masturbando, cada uno por su cuenta, mientras imaginaban el último polvo que habían echado o le daban vueltas a una fantasía nueva, en su caso, por costumbre realizable. Pero al margen del sexo, también había amistad, sinceridad, comprensión y, sobre todo, un sentido del humor muy particular que compartían como si de un tesoro se tratase. También tenían una buena posición, es decir, dos buenos trabajos, dos buenos coches, dos buenos perros y dos casas convenientemente decoradas, al gusto de la exquisita Hilda, una en pleno centro de la ciudad y otra en la playa, a donde solían escaparse cada fin de semana.

Como decíamos, todo era perfecto en esta relación, pero un día, un día del tercer invierno que pasaron juntos, Omar llegó a casa y encontró a Hilda desnuda en el sofá, pidiéndole con una mirada extraña que se acercara, que la besara, que le hiciera el amor... Omar, excitado una vez más ante la visión del cuerpo escultural de su mujer, comenzó a besarla como loco, fantaseando con la idea de que aquella mujer, a la que amaba tanto, fuera a la vez otra, otra mujer de rostro idéntico a la suya... Estaban llegando casi al unísono al orgasmo cuando Hilda, la verdadera Hilda, abrió la puerta de casa y entró en el salón... Al verles comenzó a llorar desconsolada y Omar, que no daba crédito a lo que estaba pasando, vio en los ojos de su extraña amante el brillo de una victoria perseguida desde hacía mucho tiempo. Las dos gemelas, Hilda y Helena, se sostuvieron la mirada, mientras Omar creía volverse loco en medio de ambas, con la certeza de que aquella relación se le escapaba de las manos, como el agua entre los dedos acaba resbalando al suelo.

Soñé con una noche de invierno, fría y clara, como otras noches de invierno que prestan escenario a mis historias. Soñé con una noche y esto sí es verdad, y con un gran fuego iluminando una pradera inmensa. Reconozco que la escena se parece a una ilustración que aún recuerdo de un libro de historia de sexto de EGB, concretamente un dibujo que pretendía reconstruir una asamblea de guerreros godos o germanos, no lo sé, pero al fin y al cabo una asamblea de los pueblos que destruyeron el Imperio Romano de Occidente. Pero en la pradera de mi sueño no había ningún grupo de guerreros barbudos y corpulentos, que cargasen sobre sus hombros hachas de doble filo o espadas de *highlanders*, qué va, en mi sueño, mi relato, hay un grupo de gente joven, algunos también viejos, de pie y en círculo, sus rostros iluminados por el reflejo de una hoguera que coloreaba de rojo el negro de una noche que imaginaba (¿soñaba?) como solemne. Soñé también que en ese momento, y aquí viene el punto incomprensible y humorístico de la historia (aunque esto último lo decidirán ustedes), un topo pasó rápidamente de un lado al otro del círculo, trazando una línea recta de tierra removida bien visible para todos. Es entonces cuando alguien habló en mi sueño: era un chico joven, de mirada ambiciosa y frente amplia, apuesto, vestido de manera informal, parecía que seguro de sí mismo. Soñé que este hombre sacó de su bolsillo un papel y gritó que «de este lado, lo pone en el papel, quedan los que creen en la literatura dura o lo que algunos llaman la literatura de verdad». En ese momento, todos los que se encontraban al otro lado de la línea trazada por el topo ciego, cruzaron medio avergonzados, aunque solo algunos, porque el resto de los que cruzaron lo hicieron con el gesto altivo, como expresando que cruzaban convencidos o que cruzaban porque en aquel papel habían encontrado un manual de instrucciones para saber qué demonios era la verdad... Dije que todos cruzaron al lado del joven del papel, pero lo dije mal, porque soñé que una mujer vestida de blanco, seca como una estaca y oscura como la noche, se quedaba sola del lado de la literatura sola.

Soñé también que en ese momento, cuando ya habían cruzado todos al otro lado de la línea trazada por el topo, esta mujer se sacó de la manga un papel, un papel donde se podían leer tan solo unas palabras, y dijo que de su lado, del lado de la mujer de blanco, quedaban todos los que creían en la literatura a secas, la literatura dura o lo que algunos llaman la literatura de verdad, y les dijo también que miraran el papel del joven escritor apuesto. Soñé entonces que casi todos se echaron las manos a la cabeza cuando alguien gritó, con la voz quebrada por el terror, que el papel que esgrimía el joven escritor apuesto no era sino una burda fotocopia del papel de la mujer de blanco.

Jaime pegó un portazo y se fue de casa. No sabía muy bien qué hacía, pero a diferencia de sus amigos, había hecho lo que había prometido una y mil veces, y en una tarde cualquiera, después de la enésima pelea del día con su madre, había llenado la mochila con cuatro trapos y un par de libros, y se había largado de casa. No sabía qué hacer, adónde ir o qué comer, solo tenía unas cuantas monedas en el bolsillo y apenas si le daban para el autobús. Fue a la taquilla y sacó el billete para la ciudad. Se compró un bocadillo y guardó unas monedas para cuando llegara a su primer destino. Se sentó en uno de los últimos asientos. El autobús se puso en marcha y al poco tiempo se hizo de noche. Cogió uno de sus libros e intentó leer. No podía. Estaba tan nervioso que apenas si podía concentrarse. No paraba de pensar qué haría cuando llegara a la ciudad, dónde dormiría, qué desayunaría, en qué sitio podría trabajar... Pensaba y pensaba, y poco a poco se iba acercando a su destino.

Iba poca gente en el autobús. Una mujer que parecía cansada y que llevaba durmiendo todo el trayecto. Un hombre mayor que leía el periódico. Un joven de su edad que jugaba con una consola portátil y una pareja de enamorados que, entre besos y abrazos, no había parado de hablar en todo el trayecto. Poca gente en el autobús, como decía, pero todos despreocupados, contentos, sin duda, al ver aparecer en el valle las luces de la gran ciudad, de su gran ciudad. Las mismas luces que atemorizaron a Jaime, pues ahora aquella megalópolis moderna se le antojaba un infierno extraño, invivible, un laberinto de fuego en donde acabar perdido, ahora sí, de una manera definitiva.

El autobús aparcó en el andén que le correspondía. Era casi media noche y el frío del invierno caía pesado sobre la estación de autobuses de la gran ciudad. Jaime entró por la puerta más cercana, con lágrimas en los ojos contó las monedas que le quedaban. Calculó que con el dinero que llevaba podría darse un lujo y se compró el bocadillo más caro que pudo comprar en el bar de la estación. Se lo

comió tomando una cerveza y luego pidió un café. Llamó por teléfono un par de veces, pero en su casa no había nadie. Con un nudo en la garganta recogió las monedas del teléfono público, se acercó a la taquilla y compró el billete de vuelta.

Me preguntaste que qué estaría haciendo dentro de siete años. Me preguntaste aquello mientras ponías un vaso de ron entre mis manos y te hacías la interesante, en la terraza ajardinada del hotel más caro de la ciudad, mientras la tormenta cercaba nuestra esperanza y buscabas la mejor manera de convencerme de no se sabe muy bien qué. Me preguntaste aquello y yo te contesté. Te dije que seguramente me encontrarías leyendo y escribiendo, que para el caso viene a ser lo mismo, o al menos para mí, y que a lo mejor, si la suerte no me daba la espalda, con una librería a cuestas u otro proyecto suicida entre manos. Me sonreíste. No te gustaba la respuesta. Esperabas un anhelo compartido de normalización, tal vez vivir en pareja, tener una casa juntos, pensar en tener hijos, si es que entonces era demasiado pronto para tenerlos... Pero nada de eso: solo libros, cuentos, la miseria del poeta y todo lo que imaginabas de un tipo de mi calaña. Te sentías defraudada, claro, porque aquel viaje había sido una apuesta arriesgada para ti, y al final, otra vez, te habías vuelto a equivocar. Apuestas siempre a caballo perdedor y eso, a estas alturas de tu vida, resulta imperdonable, y lo sabes... Me bebí el vaso de ron de un trago. La tormenta estalló sobre nuestras cabezas y un camarero nos invitó a meternos dentro del bar. Decidimos quedarnos fuera. Me miraste desconsolada y sentí tanta pena por ti que quise amarte por siempre, porque te amaba como a los perros, que cuanto más lástima dan más se los acaba queriendo, solo que tampoco era así, no sé, era como si quisiera comerte para dejar de pensar en ti y en tus planes y en mi vida de bala perdida y en mis sueños, mis arquitecturas vitales, inconclusas, por su puesto, como tú me acababas recordando siempre... Cuando empezó a llover sólo pensaba en follarte y matarte a partes iguales.

Hay un tipo que muerde el anzuelo. Hay un tipo de veinte años que le ofrece la mejilla a la vida más puta que un hombre pueda llevar a sus años, y ésta lo golpea. Hay un tipo que no sabe nadar. Llega al fondo del pozo, toma impulso y puede salir a respirar, pero se hunde pronto. Es un ciclo que se consume. Como Sísifo, nuestro hombre acostumbra sus días a ese sinvivir absurdo, solo que al final obtiene recompensa: hay un tipo con agallas detrás de las orejas, y ya no se asfixia

La literatura me ha permitido siempre comprender la vida.

Pero precisamente por eso me deja fuera de ella.

Enrique VILA-MATAS

Entre la espada y la pared, deambulaba de un lado a otro del relato, entre las ganas de comerse el mundo, vivir a tope, y el amor a la literatura, la alcantarilla cultural o el pozo oscuro de su biblioteca. De un lado a otro, incapaz de conciliar ambos extremos, o haciéndolo, pero sin saberlo, con una pulsión constante por resolver el acertijo que le mordía las tripas y la extraña sensación de pérdida que se abatía sobre él cuando, sin saber por qué, le asaltaba la idea de que aquel interrogante le estaba robando la vida. Como si salir del laberinto sólo fuera cosa de él mismo y no encontrara en su mano la respuesta... Y escribía y escribía y escribía, buscaba soluciones y no las encontraba. Desechaba la respuesta de que la literatura es otra forma de vida porque él sí sabía, o creía saber, de qué va la película, la de la vida de verdad, y él no creía que ésta se encontrara en un trozo de papel con letras o en una historia que durmiese dentro de nosotros y tuviera que ser contada. Sin embargo, pasaba los días encerrado en su buhardilla, atrapado en una historia cuyo protagonista era él mismo, y esa era, al fin y al cabo es, su manera de vivir, su maldita manera de vivir. Y entre la espada y la pared, de un lado a otro del relato, se le va la vida, que es literatura, que es la vida... o la muerte.

PREGUNTAS

En el centro de todo: la literatura; en la superficie: el éxito fácil, el no sé qué, la desvergüenza.

Un escritor de cuyo nombre no quiero acordarme, apenas saborea el éxito por la publicación de su primer libro, decide encerrarse en su habitación y no contestar al teléfono. Ese escritor del que hablamos pasó toda su juventud intentando escribir algo que le satisficiera, que le gustase, en definitiva, algo por lo que le mereciera la pena vivir.

Pero para entender la historia es importante volver la vista atrás. El día 15 de febrero de 2008, el escritor acabó su primera novela, una historia sobre una compañía de circo formada por jóvenes trabajadores precarios del *telemarketing*. Una historia ganadora y excelente. Segunda fecha importante: 29 de agosto de 2008. En ese día, justo a las 13:30, el joven escritor del que hablamos, al salir de la tienda de electrodomésticos donde trabaja pegando un portazo, recibe una llamada que cualquier escritor (cualquiera) diría que es de las que te cambian la vida y aquella noche, tras salir del servicio con la pupilas eclipsadas, le dijo a Pedro, su único amigo, que aquella mañana le había cambiado la vida, porque había ganado un buen premio literario.

Es ahora cuando volvemos al principio del relato y decimos que en el centro de todo habita la literatura, en el epicentro más bien, en las profundidades. En la superficie la mierda flotante del faranduleo y el boato. Retomamos la narración. Ha pasado un año desde aquella llamada telefónica, y el escritor protagonista de esta historia vuelve a leer el poema que hace unos meses clavó en la pared, el magnífico poema de Óscar García Romeral que a continuación leeréis.

ELOGIO DE LO ANÓNIMO

En un mundo de altavoces y de espejos, de héroes de un día y genios pasajeros, de gente que mataría por una línea en un periódico, por un segundo de fama televisada, en este mundo de sabios y eruditos de tertulia, un mundo que exagera y se repite y hace del grito y la lágrima bandera, que exhibe sin pudor el sufrimiento, que vende el sentimiento en el mercado, en este mundo de la queja permanente y consentida, musas concursando por un título, la belleza compitiendo en pasarelas, en este mundo que se empeña en subirse a cualquier trono para aparentar ser alto, este mundo fugaz, atropellado en su propio sueño sin sentido, un mundo donde la ropa vale menos que su etiqueta, en este mundo afirmo, no cabe más honor ni mayor gloria que ser nadie, ser silencio, no profanar el aire con palabras y pasar sin ser visto o escuchado... Que arrastre el viento las mejores obras.

En este mundo de éxito y de ruido
no queda otra belleza que lo anónimo.

Da vueltas de un lado a otro de su habitación y se pregunta por qué ha de ser él un hombre de los que se preguntan. Todo le sabe mal. Piensa una y otra vez en la pureza de la renuncia, en su atroz autoexigencia de honestidad... ¿Qué hay más allá del reconocimiento? ¿Qué es lo que nos hace despreciar lo que una y mil veces defendimos cuando éramos fantasmas? ¿Qué tipo de camino se puede recorrer desde la orilla de la marginalidad?

Todas estas preguntas se hacía el escritor del que hablamos en este relato... Y al día de hoy sigue sin tener respuestas.

Sergio escribía todos los días un pequeño poema con un cuidado exquisito, como si al escribir cada verso estuviera cincelandó el brazo de un adonis marmóreo clásico. Sergio pasaba horas y horas, todas las noches, encerrado en su habitación después de venir del trabajo, peleando por esculpir, uno tras otro, cada uno de los poemas que cualquier poeta, cualquier poeta de los que podemos llamar librescos, antologaría bajo un título certero, quizás algo barroco, pero sin duda un título que pusiera en valor (expresión derivada de mercadotecnia) cada uno de los poemas por la fortaleza de su conjunto. Pero todo esto ha sido aventurar en vano, porque Sergio no es un poeta libresco, sino más bien, una especie de poeta budista, que es también como decir una especie de poeta shopenhaueriano. Y decimos esto porque Sergio, cuando tiene 365 poemas impecables, hermosos como un tesoro, les acaba prendiendo fuego, como si conformaran un mandala que, en vez barrerse, se debiera convertir en llamas. Luego, contento y optimista, como aquel que no se aferra a nada, después, decía, de haber acabado con el mandala del año, se pone a pensar en el nuevo poema, que tallará con paciencia a la noche siguiente, a la vuelta del trabajo, con la ilusión y la esperanza puesta en seguir viviendo sin esperar nada.

TRADUCTOR

Cuatro años después de que cayera el muro de Berlín, lo que cayó en mis manos fue una traducción de las obras completas de Máximo Gorkí editada por el Instituto Obrero de Promoción Lectora, una institución típica, al menos por el nombre, de la antigua Unión Soviética. Recuerdo todo lo que pasó después porque recuerdo perfectamente qué fue lo que pasó entonces, y lo que pasó entonces (repito: cuatro años después de la caída del telón de acero) es que me había quedado solo, mejor dicho, que me habían dejado solo, y que aquel libro me acompañó en mi particular cuesta abajo. Como os digo, aquel libro había sido editado en la extinta URSS, y en la página final, o más bien, en la última página impresa del librazo (un tomo de más de mil páginas, creo recordar), se incluía un pequeño aviso que indicaba que si el lector advertía errores graves de traducción, se pusiera en contacto con el traductor mismo, al caso, un trabajador más del Instituto Obrero, y se adjuntaba una dirección.

Entonces recuerdo que un día, un día en el que supe que el mundo era lo más parecido a un gran saco de mierda que se podía encontrar, escribí una carta, una larga carta sin demasiado sentido, donde intenté explicar qué demonios era lo que me pasaba, y recuerdo también que luego metí la carta en un sobre, puse la dirección del Instituto Obrero, que imaginaba extinto, y me eché a dormir. Al día siguiente la envié..

No recuerdo exactamente que pasó después ni qué es lo que hice con mis ganas de autodestruirme, pero sí sé qué fue lo que me hizo volver a creer. Un día recibí contestación. Era una carta del viejo traductor soviético. Me contaba que había permanecido fiel a su puesto de trabajo en el Instituto Obrero, que todo el mundo había ido desapareciendo tras la caída del muro, pero que a él nadie le había ordenado nada y que seguía yendo a trabajar todos los días, ya solo en el edificio, fiel a su labor, aunque sin nada que hacer, excepto

permanecer sentado —así lo imaginaba yo— en la vieja mesa de su destartalado despacho, austero, con el retrato del último camarada presidente, Mijail Gorbachov, cada vez más deslucido, por encima de su silla, contemplando el desconcierto de un hombre que sin saberlo me enseñó el valor de la independencia.

Os dije que perdí el libro, pero esa carta aún la conservo. Más de una vez he pensado en ir a visitarlo, porque seguro que sigue allí, ahora mismo, mientras escribo esto, asomado a la ventana de su despacho, de su pequeño y gris despacho, acaso pensando en el valor, el valor de la paciencia o el valor del valor a secas, el valor de la permanencia, ignorando que a cuatro mil kilómetros de distancia hay un hombre, que soy yo, con la lección del que resiste bien aprendida hasta final.

CARACTERES

Situación de partida: imaginad una extensión abrumadora de terreno yermo, por ejemplo, poned en vuestra mente un escenario postapocalíptico a la manera de *Bola de Dragón Z* o *Godzilla contra la Madre de los Monstruos del Espacio Sideral*. Vale. Ahora, imaginad dos jóvenes escritores de imaginaciones contrapuestas y recursos literarios disímiles y arrojadizos.

El primero de ellos, al que llamaremos Times, agarra un tanque por el cañón y se lo lanza al otro. Garamond, que es como se llama su contrincante, logra esquivarlo, y convocando una tormenta como si fuera Storm, la madurita interesante de *X-Men*, lanza un rayo que deja a Times, el mamporrero de la imaginación bastarda, medio muerto, achicharrado... Pero Times, ni mucho menos vencido y que siempre guarda un as bajo la manga, espera, haciéndose el muerto a que se acerque el otro, y cuando Garamond está ya casi encima con intención de rematarlo, saca un martillo tan grande como el mismo que descarga con violencia sobre la cabeza de su adversario.

Resultado de la batalla: Garamond, clavado en el suelo a modo de clavo romo, solo la cabeza al aire, ha muerto.

Times se aleja entonces, victorioso, por la llanura (relato) donde desde lejos, desde mi puesto de lector (escritor) infame, veo la cabeza de Garamond, sin vida sobre la tierra, como un punto y final, algo chafado, claro.

Las razones de cada cual

Marcela Jordá Jacarilla

ACCÉSIT

NAIRA Y SUS RAZONES

No lo sé, la verdad. Por lo del enriquecimiento personal, las experiencias vividas, estas cosas. Podría haber sido cualquier sitio, supongo. En serio, me daba igual. Que hiciese frío, eso sí. Y que lloviera a menudo. No soporto este maldito sol. ¿Sabe? No caemos bien. Las personas a las que no nos gusta el sol, digo. Piensan que no somos de fiar. Que somos raros. A lo mejor sí. No le acabo de ver la gracia a eso de estar tumbado al sol durante tres horas y luego volver a casa como una langosta hervida. Prefiero la nieve. La nieve no te provoca cáncer de piel, como mucho tienes frío, pero el frío me gusta. En fin, que el lugar me daba un poco igual, me bastaba con que hiciese frío. Y que estuviese lejos. Para no tener que volver en vacaciones y poder huir mejor de los problemas. O al menos, eso era lo que yo creía. El ser humano tiene tendencia a creer que se puede huir de los problemas como si fuesen un lobo hambriento que nos quiere atacar o alguien de hacienda que nos persigue por un fraude que tal vez ni siquiera hemos cometido. Pero de los problemas de verdad no se puede huir. Forman parte inherente de nosotros, como nuestra suerte, nuestro modo de pensar o nuestro estómago, no sé. Esas cosas con las que hay que aprender a convivir del modo más cordial posible desde que nacemos hasta que... bueno, usted ya me entiende.

Nunca he sido una persona demasiado pragmática, lo admito. La ropa de abrigo ocupaba demasiado espacio en la maleta y opté por los libros. Pesan más pero ocupan menos. Y al fin y al cabo sólo tenía una maleta. Además, me apetecía sentirme como el personaje ese de Paul Auster, el que salía en *El Palacio de la Luna*, no recuerdo ahora su nombre. Todo su patrimonio eran libros: sus muebles eran cajas repletas de libros y ni siquiera tenía televisión frente a la que sentarse. Tan sólo libros y más libros. Supongo que mi frustrado intento continuo de parecerme a algún personaje literario no era más que otro modo de huir de la realidad. Ni era alcohólica ni había tomado nunca drogas (al menos, no con la asiduidad necesaria para poder

escapar de todo aquello), así que no me quedaban muchas alternativas. Mis libros y un viaje en avión de unos cuantos miles de kilómetros eran mi mejor opción. Mi expediente era medianamente aceptable y no se trataba de un destino muy solicitado, así que supuse que el Sr Erasmó no tendría ningún problema en dar el visto bueno a mi marcha. En cuanto a mi familia... ¿conoce por casualidad un relato que se llama *Retrato de familia con catástrofe*? No me acuerdo del autor y de hecho ni siquiera me acuerdo del tema, pero el título siempre me gustó. Una cuestión de empatía, supongo. Todos los presentes sonreímos ante los 5 megapíxeles del amable japonés que nos hizo la foto en el aeropuerto. Ellos eran la familia y yo era la catástrofe. O tal vez al revés. Supongo que todo depende del punto de vista. El caso es que estaba dispuesta a mantener la mínima relación posible con ellos durante los próximos nueve meses. O mejor, durante el resto de mi vida. No porque no los quisiese sino porque en aquellos momentos pensé que sencillamente, era mi única opción.

—¿Cogiste ropa de abrigo suficiente, cariño?

—Claro mamá.

Mi corazón se encoge y se agranda todo al mismo tiempo y me siento como uno de esos personajes de Salinger que están a punto de cometer una gamberrada, pero solo porque quieren ser un poquito más libres.

—¿Tus medicinas?

—No puedo meter medicinas en el avión, mamá. Ya las compraré allí.

—¿Seguro que no te dejan? Es un poco raro. ¿Y sabes al menos como se llaman en inglés?

—Mamá, tranquilízate, ¿vale? Estoy bien. Confía en mi sentido común.

—Eso es lo que más me preocupa, tu sentido común.

—Vaya, muchas gracias, pero te recuerdo que me has educado tú. Me tengo que ir, ya están avisando por megafonía. Cuidaos.

—Llama en cuanto llegues. Y escribe a menudo.

—Claro que sí, mamá.

Como uno de esos personajes de Salinger...

Cuando me senté en el minúsculo lugar que me había sido asignado (clase turista pero afortunadamente junto a la ventana) me percaté de mi descuido. Podría haber metido mi novela en el equipaje de mano y no en la maleta, junto al resto de los libros. No es que pensase que me la iban a perder, pero me habría quedado mucho más tranquila. En aquel momento visualicé la catástrofe: el avión a punto de estrellarse por causa de unas turbulencias indomables y yo aferrada a mi manuscrito, a la que nunca llegaría a ser mi novela, a ver la luz, a darse a conocer ante el mundo...

Vale, no podía aplazar más mi visita con el psicólogo. Empezaba a aficionarme demasiado al melodrama desafortunado. Sólo me hubiese faltado tener un ataque de pánico y empezar a gritar en el avión:

—¡Necesito mi novela! ¡Necesito mi novela!

Eso sí que habría estado bien. Para el resto de pasajeros no eran más que un par de cientos de folios de caligrafía ilegible pero para mí eran la mitad de mi vida (la otra mitad era yo). En fin, qué quiere, no tenía mucho más. Evidentemente no hice nada de todo aquello. No grité ni lloré y me resigné a haber olvidado meter mi manuscrito en el equipaje de mano. A mi lado se sentó una chica joven, de mi edad poco más o menos. Apenas hablé con ella en todo el viaje, sólo un saludo y una despedida de cordialidad obligatoria, así que no supe hasta un tiempo después que las circunstancias me obligarían a conocerla. Su aspecto me pareció de lo más corriente, pero se puso a leer *Esperando a Godot* así que supuse que no debía ser mala gente. ¿Sabe? Esa es mi teoría: si me gusta lo que leen, me gustan ellos. Sí, ya sé que es una mierda de teoría y que no tiene el más mínimo fundamento científico, pero... ¿qué quiere? A mí hasta entonces me había funcionado. Lo que en aquel momento yo no sabía es que una de nosotras acabaría convirtiéndose en Vladimiro, la otra en Estragón y las dos nos pondríamos a vagar por el desierto en que se convertiría aquella extraña ciudad cubierta de nieve, en busca de un Godot que nunca llegaríamos a encontrar.

Durante el viaje pasaron por mi cabeza un millón de cosas, como les sucede a los protagonistas de ciertas películas cuando se van a morir. Todo muy deprisa aunque con una cierta sensación de lentitud.

Los bocadillos de queso a las seis de la tarde, mi prima de la playa a los 5 años, la loción antipiojos, mis dientes de leche cayéndose, el mapa de Europa que teníamos en clase, todo viejo y amarillo, con las esquinas rotas, el primer aborto de mi madre, mi primer par de gafas, la primera depresión de mi padre, mi primer tampón, la primera discusión con mi hermano, mi primer novio, la primera huída de casa, el primer día de universidad, el primer día en que me sentí realmente triste, el primer día en que viajé en avión: aquel. Una amalgama de cosas trascendentes y de estúpidas banalidades mezcladas sin ningún criterio. Y todo por intentar huir de los problemas.

Pero como aquello no era una película, ni se estrelló el avión a causa de las turbulencias ni yo vi la luz al final del largo túnel. Es más, para cuando llegamos a tierra ya había anochecido. Si hubiese sido la protagonista de un cuento no habría necesitado pasaporte para viajar a Rusia. En caso de que tal improbable hecho sucediese ya habría hecho planes. Entraría en el *Hermitage* tras beberme la poción mágica que le habría robado a Alicia y viviría cada día en un cuadro diferente. Seguro que allí había suficientes cuadros para los nueve meses, sin necesidad de repetir ninguno. Y quien dice nueve meses, dice la vida entera. Millones y millones de cuadros. Como en la película de *El arca rusa*, ¿se acuerda? Ya, que no la ha visto... Bueno, en realidad no importa, porque las posibilidades de que me pudiese encoger como Alicia eran demasiado pocas, por no decir ninguna. Así que... ¿para qué quiere uno ir al *Hermitage* si no se puede quedar a vivir dentro de sus cuadros? Por eso no me molesté en conseguir el pasaporte para viajar a Rusia, supongo. Preferí quedarme cerca pero sin llegar. Por eso y porque me daba miedo que la Rusia de verdad se pareciese a las imágenes de la película *Stalker*. Demasiadas ruinas y todas demasiado grandes.

Al poner un pie fuera del avión (mi pie izquierdo para ser exactos) me percaté de otro descuido: había olvidado poner mi nombre y una dirección en la maleta. A pesar de la vida y de todo lo demás tenemos la necesidad de confiar en la bondad innata de la gente y es por eso que ponemos etiquetas identificativas en las maletas o vamos por ahí enseñando la foto de un hijo secuestrado o de un perro desaparecido, porque tenemos la necesidad de confiar en la supuestamente innata bondad de aquellos a quienes no conocemos. Por desgracia eso no nos suele funcionar y todas las maletas robadas, niños secuestrados y

perros desaparecidos acaban yendo a parar al mismo sitio, al agujero negro de nuestra memoria.

Pero no importaba, mis libros sí que tenían nombre. Todos. Nunca le he puesto mi nombre a nada, sólo a mis libros. Así que si la maleta se perdía, podían saber fácilmente de quién era y tal vez algún niño secuestrado me la devolviese. Pero eso nunca llegó a pasar. Esperé mi maleta durante veinte minutos hasta que al fin apareció. En principio no noté nada, ya que todos esos trastos con ruedas parecen pesar lo mismo: lo suficiente como para que tengas que hacer el ridículo al bajar con ella las escaleras de salida del aeropuerto. Subí a un taxi y le di al taxista un papel con la dirección del apartamento.

De momento iba a estar sola, ya que mi compañera de piso no llegaría hasta el mes siguiente. Cuando llegué y comprobé que la llave abría la cerradura de la puerta se me encogió un poquito más el corazón: ya no podía dar la vuelta y todavía no sabía que demonios hacía allí. Al entrar dejé mi maleta en el suelo y abrí la cremallera. Por un momento pensé en una broma pesada de mi hermano. Acostumbraba a hacer estas cosas. No recordaba haber cogido ninguno de aquellos libros.

Bueno, el de Juan Rulfo y el de García Márquez, pero nada más. La maleta era mía, eso estaba claro. O bueno, a lo mejor no tanto. Es el típico argumento de comedia norteamericana: un chico y una chica confunden en el aeropuerto sus maletas, idénticas a primera vista, y a partir de ahí se empieza a desarrollar la escasa y anodina trama. Me lo hubiese tomado con mucha más calma si hubiese llevado el manuscrito en el equipaje de mano, pero tras revisar el contenido de la pequeña mochila cinco veces me di cuenta de que mi capacidad de previsión se había limitado a un par de camisetas, algo de ropa interior y una estúpida revista. Debido a lo avanzado de la noche decidí aplazar mi visita al aeropuerto para el día siguiente, así que el único modo de pasar el tiempo en aquel apartamento desconocido de aquella ciudad desconocida consistía en aventurar un intuitivo y probablemente erróneo perfil psicológico del dueño de la maleta a partir de sus posesiones.

Libros, libros y más libros. Ni siquiera una maldita chaqueta en aquel país de 20 grados bajo cero. Tan poco pragmático como yo pero sin ser yo. Porque yo nunca me habría llevado un libro de relatos de

Raymond Carver, ese hombre y sus historias me aburren. Sí, ya sé que está mal decir estas cosas pero me parece soporífero, la verdad. Por lo demás, demasiado parecido a mí sólo que sin manuscrito. A lo mejor él fue más previsor que yo y lo metió en su equipaje de mano. Al menos, eso es lo que pensé. No sé por qué, pero di por sentado que se trataba de un chico, aunque su nombre no estaba en ningún sitio. Ni en los libros ni en la maleta. Un tiempo después nos reiríamos con aquella extraña coincidencia de nuestros nombres. Como yo, pero sin llegar a serlo...

Resulta muy incómodo dormir sobre una maleta de libros ajenos, pero hay momentos en la vida en que nos cuesta mucho acercarnos a los demás, y esta puede ser una manera por extraña que parezca.

ARIÁN Y SUS RAZONES

¿Quiere una razón? Me fui porque todos mis amigos se fueron y no me apetecía quedarme sola. El destino fue el que me dieron. Pedí otro pero mi expediente no daba para mucho. Me contenté con largarme una temporada. No es que estuviera mal aquí pero ya sabe, uno se acaba hartando de las caras que ve todos los días. Nunca me ha interesado especialmente mi carrera. No quería estudiar esto, pero mis padres se empeñaron y yo me cansé de pelear. Hay gente con más aguante, aunque supongo que yo no soy de esas. Ya me tuve que pelear por lo de salir hasta tarde, por lo de fumar y por lo de pasar alguna que otra noche fuera. Me peleé para conseguir esa maldita muñeca a la que le crecía el pelo, me peleé para tener los mismos derechos que mi hermano, para poder llevar faldas por encima de la rodilla y para poder salir con ese chico popular que resultó ser un gilipollas. Creo que ese fue el último motivo. Desde entonces dejé de pelear y la inercia permitió que los demás dirigieran mi vida. Estudia esto, haz lo de más allá, sal con fulanito, toma comida macrobiótica...

Pero no es tan malo. Tiene muchas ventajas, en serio. Cada vez que meto la pata en algo me quedo con la conciencia tranquila ya que en realidad no he sido yo. Yo nunca me equivoco. Porque yo ya no decido. Bueno, sí, pero sólo las pequeñas cosas. Y las pequeñas cosas no son importantes. Al menos para los demás. El caso es que fueron los demás los que decidieron mi destino durante aquellos nueve meses. Ni me atraía especialmente el lugar ni sentía una repulsión desahogada. De hecho, no sabía absolutamente nada sobre aquel país. Por supuesto, ni una palabra del idioma. Les pregunté a mis amigos que libro se llevarían en aquel largo viaje. Como cada uno me contestó un libro distinto y no pretendía discriminar la sugerencia de ninguno de ellos me llevé todos los que me dijeron. No quedó espacio en mi maleta para nada más aparte de aquellos libros, pero hacía demasiado tiempo que había dejado de preocuparme por algo tan prosaico como puede ser un montón de ropa, así que me dio

absolutamente igual. Para las tres o cuatro horas que duraba el vuelo cogí al azar uno de aquellos libros. Resultó ser *Esperando a Godot*. Una historia bastante absurda sobre dos tipos que esperan a un tercero no se sabe muy bien por qué. Lo leí para no decepcionar a uno de mis supuestos amigos, ya no recuerdo cual, pero lo cierto es que me dormí cuando llevaba poco más de la mitad de la historia.

No me fijé cuando se sentó a mi lado. No me suelo fijar en la gente. La gente me aburre. Me da la impresión de que si me acerco a alguien y le intento conocer, se convertirá en alguien más que intente controlar mi vida. Y de esos ya conozco a demasiados. Por eso apenas le presté atención. Un escueto saludo al llegar y un simple hasta luego al marcharse. Recogí mi equipaje sin problemas al llegar al aeropuerto y me fui al colegio mayor en taxi.

No abrí la maleta hasta el segundo o tercer día. Sabía que no iba a encontrar en esa maleta nada que fuese estrictamente necesario para mi supervivencia, así que no le concedí importancia hasta aquel momento en que no tenía nada mejor que hacer. El aburrimiento fue el causante de todo lo que sucedió a continuación. Abrí la cremallera y empecé a sacar todos aquellos libros que me habían recomendado fervientemente mis amigos. Todo normal hasta que encontré aquel manuscrito. Yo no lo había metido en la maleta y dudo que nadie lo hiciera sin avisarme. Me acabé dando cuenta de que no era mi equipaje. Por lo del manuscrito y por lo de los libros. Todos tenían el nombre de la dueña. ¿Sabe? Yo nunca haría algo así. Ponerle nombre a algo... Las cosas no son de nadie. Simplemente están ahí, en un lugar o en otro, pero no son de nadie. El manuscrito me llamó la atención, la verdad. Parecía un diario, o tal vez una novela a medio terminar. Nunca he sido una persona curiosa, tampoco una voayeur. La última vez que observé sin ser vista se trataba de mis padres haciendo el amor. Como comprenderá, se me quitaron las ganas de volver a cometer indiscreciones. Pero esto era distinto. Quiero decir que si la suerte quería que aquella maleta llegase a mis manos tal vez había algún motivo.

No es que crea especialmente en esas historias del destino y demás, pero aquello parecía especial. Una de esas casualidades que sólo nos suceden una vez en la vida. O al menos, eso es lo que nosotros creemos. Por supuesto que devolvería la maleta a su dueña. Sería incapaz de

quedarme con ella. Pero ese manuscrito... consiguió despertar en mí una increíble curiosidad, algo que no me pasaba desde hacía mucho tiempo. Siempre he tenido bastante miedo a la curiosidad, por todos los gatos muertos que va dejando a su paso y demás, usted ya me entiende. Así que durante los momentos clave de mi vida siempre había optado por ignorarla, tomando la decisión más cobarde supongo, y dejando que los demás eligiesen por mí. Pero esta vez era distinto. Había algo en ese manojito de folios arrugados y escritos a mano que me llamó la atención. Por una vez que me permitiese saciar la curiosidad no pasaría nada, ¿no? Eso fue lo que me dije y por eso fotocopí el manuscrito. No pensé que pudiese estar haciendo nada malo y por supuesto no tenía la intención de perjudicar a nadie. Mi idea era fotocopiar las hojas y devolver el equipaje junto con el manuscrito a su legítima dueña sin más incidencias. Leer el texto para satisfacer mi curiosidad y proceder a su posterior destrucción. No para evitarme remordimientos o eliminar las pruebas del delito sino para que nadie pudiese hacer un uso inadecuado de aquello. Supuse que no sería difícil localizar a la propietaria de la maleta en aquella remota ciudad de aquel remoto país. Preferí evitar los trámites del aeropuerto y encontrar por mí misma a la dueña del equipaje, a Naira.

No, la verdad es que no me di cuenta hasta que ella me lo dijo pero es muy gracioso, toda una casualidad. Mi nombre pero al revés: Naira y Arián. Además, dos nombres muy poco comunes. Para dos personas muy poco comunes, dijo ella. Empecé a leer el manuscrito al mismo tiempo que empecé a buscar a su autora. Tenía una semana antes de que empezasen las clases, así que en aquel momento no tenía mucho más que hacer. Pensé que se trataba de un diario. No por lo de la primera persona o por la estructura narrativa, no se trataba de eso. No sabría explicarlo, pero hay algo que hace que la historia sea... no verosímil sino verdadera, no sé si me explico.

Desde el primer momento tuve la sensación de que al leer aquello estaba mirando por el ojo de una cerradura y que lo único que podía ver era la realidad. Le aseguro que en un principio no tenía la menor intención de espiar a Naira. Lo único que pretendía era devolverle su maleta, pero algo me empujó a hacerlo. A medida que leía el libro me iban entrando más y más ganas de ver la película. Aun a riesgo de que ésta me decepcionase.

Me enteré de dónde estaba estudiando, la vi desde lejos y me di cuenta de que se trataba de la chica del avión, la que se sentó a mi lado y con la que tan sólo intercambié un saludo y una despedida. Me hizo gracia. Empecé a controlar sus idas y venidas. Averigüé dónde vivía, qué estudiaba, qué lugares frecuentaba. Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero sí, llegué a mirar en su basura. No pensé que fuese nada malo. Tan sólo buscaba pedazos de la Naira del manuscrito. Mi curiosidad llevaba demasiado tiempo siendo ignorada, así que durante esos días decidí olvidarme del rastro de gatos muertos que pudiese dejar a mi paso. Me sentía como Sophie Calle en una de sus obras, sólo que sin ánimo artístico. Esa chica había sido capaz, sin saberlo, de conseguir que tomase una decisión por mí misma, cosa que no hacía desde hace mucho. Como comprenderá, en lo último en que yo pensaba era en sentirme culpable.

Describía en el manuscrito el día de su suicidio con todo lujo de detalles. “Todavía no sé si es un modo valiente o cobarde de solucionar los problemas. Pero es un modo. Y por el momento, es el único que se me ocurre.” Se me hacía extraño que alguien pudiese hacer un viaje tan largo sólo para suicidarse, pero tal vez así fuese más fácil. Nadie te conoce y los lugares no te traen ningún recuerdo. Sólo tienes que elegir un puente al azar sin preocuparte de encontrar conocidos por el camino. A medida que iba leyendo la fui entendiendo cada vez mejor. Supongo que en el fondo éramos bastante parecidas, aunque cada una soportaba sus problemas como mejor sabía: ella huía y yo me limitaba a dejarme llevar por la corriente. En el fondo su elección era más valiente que la mía, pero claro, nadie ha dicho que la elección más valiente sea siempre la mejor. Decidí seguirla durante el día de su supuesto suicidio, aunque no tenía ni la menor idea de cómo iba a reaccionar en el último momento. No sabía si tendría valor para intervenir. A lo mejor me quedaba escondida, observando desde lejos como la gravedad actuaba sobre su cuerpo. O tal vez me acercaba a ella y empezaba a hablar. Le confesaba todo y conseguía convencerla de que aún había motivos para vivir, de que era importante seguir luchando para conservar las cosas que tenemos, todos esos tópicos, ya sabe.

Lo cierto es que no. No se me pasó por la cabeza que todo aquello pudiese ser mentira. Todas las piezas encajaban, y si no había mentido en lo demás, ¿por qué iba a mentir en aquello? No parecía una persona incoherente, la verdad. La noche en que salió de casa presuntamente

para suicidarse, la seguí a una distancia prudencial. Llevaba el manuscrito conmigo, aunque no sabía si me iba a ser de utilidad alguna. Lo único que no describía aquel texto era el lugar exacto del suicidio. Probablemente porque aún estaba por decidir. Dio vueltas por la ciudad sin rumbo fijo hasta que al fin se detuvo en uno de sus puentes a las tres de la madrugada. Era el momento de decidir qué hacer. Me acerqué a ella y le di el manojito de papeles. No se me ocurrió nada mejor. No soy ninguna heroína de película estadounidense y en esos momentos nunca soy capaz de encontrar palabras que sirvan para algo. “Si no puedes decir algo que mejore la situación, mejor no digas nada”, solía aconsejarme mi abuela. Evidentemente, siempre le he hecho caso.

No me preguntó nada. Supuso que lo había leído y sin intercambiar una sola palabra acerca del tema, la convencí para empezar de cero. O al menos, para intentarlo. En serio, yo no dije nada. Aunque claro, tampoco estoy segura de que realmente se fuese a suicidar. Tal vez sólo fuese una novela y aquella noche no era más que una noche de insomnio. Pero ¿sabe? Hay momentos en la vida en que nos cuesta mucho acercarnos a los demás, y esta puede ser una manera por extraña que parezca.



Juan Cruz López

Jaén, 1979

Licenciado en Humanidades y estudiante de Antropología Social. Trabaja en el Archivo Histórico Municipal de Jaén. Sus primeras publicaciones aparecieron en el *fanzine* literario *70 veces puta*. Cofundador del colectivo Poetica Seminarii, ha sido recientemente antologado en *Poetas de Jaén* (Universidad de Jaén, 2008). Ha publicado en Ediciones *RaRo* distintas *plaquettes* de poesía y literatura de viajes. Como narrador ha sido galardonado con el Premio Andalucía Joven de Narrativa que convoca el Instituto Andaluz de la Juventud, fruto del cual ha resultado la publicación de *50 pasos para dar el salto...* (Berenice, 2009). Forma parte del colectivo editor del blog cultural Nueva Gomorra.

>Contacto

669 313 485

juancruzlopez00@hotmail.com



Marcela Jordá Jacarilla

Alcoy (Alicante), 1980

Licenciada en Bellas Artes en el 2005. Desarrolla su obra mediante técnicas tan distintas como son la literatura, la performance, los cortometrajes o las videoinstalaciones. Las utiliza como campo de experimentación para desarrollar la narrativa, para crear historias. Busca continuamente nexos de unión entre el arte plástico, las nuevas tecnologías y la literatura.

2008 Accésit, III Certamen de instalaciones creadas por mujer, Centro de Humanidades Sierra Norte, Madrid
> Finalista en el concurso *Alea lacta est* de relato breve
> Seleccionada en el II Certamen *Ubica* de arte Público, San Juan de Alicante > Seleccionada en la *XI Mostra d'art públic per a joves creadors 2008, Valencia*
> Finalista en el concurso *Vive para cumplirlo*, secciones de cortometraje y relato breve Fundación Mapfre > Finalista en el certamen de relatos de viajes *Vagamundos*.
> **2007** Mención especial en la *X Mostra de Cinema Jove d'Elx* > Seleccionada en I Certamen *Última, creació contemporània jove, Valencia* > Proyecto FOC Cinema, *FOC FERIA 07*, Castellón > **2006** Finalista en el certamen *El País Literario* de relato breve > Ganadora del Concurso *OcioJoven* de relato breve, categoría Leviatán, terror > **2005** Finalista en el concurso *Ingenio400*, apartado de Net Art > Accésit en el concurso literario *Sebastián Cuevas*, apartado de relato breve.

>Contacto

616 015 856

marlalacuentista@gmail.com

